

11
April 2.

Marzo de 1893

MONTEVIDEO

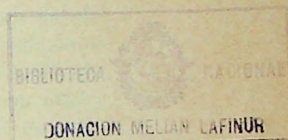
Núm.

CAMARA DE REPRESENTANTES

SESIONES ORDINARIAS

B. 227

ASUNTO MANDADO DISTRIBUIR



Estudios sobre los Escudos de Armas de la Ciudad de Montevideo

1

81.024

Sobre el primer Escudo de Armas de la Ciudad de Montevideo, no se conoce ningún documento escrito originario ó fehaciente; y esto mismo sucede respecto á la Ciudad de Buenos Aires.

Pero si esta falta, que todavía no puede declararse irreparable, no nos permite, al menos por ahora, establecer la fecha y los términos de las respectivas concesiones, tenemos los Escudos de Armas de las dos ciudades, transmitidos auténticamente y perpetuados por sus antiguos Cabildos en las diversas medallas conmemorativas que fundieron ó acuñaron en la época colonial.

La primera medalla de Montevideo de que se tiene noticia conmemora la jura del Rey Carlos IV; y su descripción es la siguiente:— *Anverso: Leyenda* — CAROLVS IV. HISP. ET. IND. REX.— *En el campo*, Busto laureado, de frente.

Reverso: Leyenda — PROCLAMATUS. IN. MONTEVIDEO, 1789.— *En el campo*, El Cerro; en su cima, un Castillo con tres torres; á su pie el mar; — en una cinta, la inscripción — CASTILLA ES MI CORONA. —

Módulo, 0.32 de metr. de diám. Peso 17.5 gram.

Los metales empleados en esta medalla, como en todas las de las juras de los Reyes de España en el Río de la Plata, fueron: para las generales, la plata, y para las excepcionales, destinadas á encumbrados personajes, el oro.

Conozco ejemplares de oro y de plata de esta nuestra primera medalla, lo que ya indica que no es tan extremadamente rara como se supone en un libro impreso en Montevideo, en que de ella se dió noticia. En mi colección existen tres ejemplares.

La jura de Fernando VII, que se verificó en Montevideo el día 12 de Agosto de 1808,—segundo aniversario de la Reconquista de Buenos Aires,—fué conmemorada con diversas medallas en Montevideo y en otros pueblos de la jurisdicción de su Gobierno. En mi colección existen, conmemorando esa jura, seis medallas distintas; tres de la ciudad de Montevideo y una de la marina de su apostadero; una de la Colonia del Sacramento, de la que tengo un ejemplar en oro y otro en plata; una de Santo Domingo Soriano,—y una de Maldonado.

De una de estas medallas Montevideanas de 1808, se encuentra un ejemplar en el Museo de Buenos Aires; pero de todas las otras de ese año, que dejo enumeradas, no conozco más ejemplares que los que poseo en mi colección, y que, según don Pedro de Angelis, de quien los adquirí por compra, pertenecieron al señor don José de Araújo, diligente coleccionista de la época colonial.

De las cuatro de Montevideo, la Oficial del Cabildo, y otra pequeña que, según el señor Araújo “fué arrojada desde el tablado de la Plaza principal “en el acto de la proclamación, cuando se batía á los cuatro vientos el Escudo de Armas de la ciudad.

La del Cabildo, que es la que reviste carácter oficial, porque era el Cabildo el que presidía y ejecutaba como representante de la ciudad el acto que la medalla conmemora, difiere, como va á verse, de la de la jura de Carlos IV en la inscripción de la cinta desplegada sobre el Cerro.

—En el *anverso*, tiene esta leyenda: — FERNAD. VII S. R. ET. IND. REX.

—En el *campo* —Busto laureado, de frente.

—En el *reverso*, —PROCLAMATUS. IN. MONTEVIDEO. 1808. —En el *campo* —El Cerro; en su cima, un castillo con tres torres; á su pie, el mar; en una cinta la inscripción FERNANDO VII.

(En el diámetro y en el peso, difiere poquísimo de la de la jura de Carlos IV).

La otra medalla, mucho más pequeña, tiene en el *anverso* el Busto del Rey, de perfil, y el año 1808.

En el *reverso*, El Cerro; en su cima un Castillo; al pie el mar; en la cinta la inscripción FERNANDO VII.

Los Escudos de Armas de las Ciudades les eran concedidos por el Rey y en las Reales Cédulas respectivas se describían con minuciosidad, acompañándolas, además, en la mayor parte de los casos, los dibujos coloridos; y les estaba expresamente prohibido á los Virreyes, Gobernadores y Ayuntamientos, hacer en ellos modificación, agregación ó supresión que no fuera previamente autorizada por nueva provisión Real.

De estas disposiciones legales resulta: que los Cabildos, que tenían el uso de los Escudos de Armas de las Ciudades de que eran representantes, estaban obligados á usarlos y á mantenerlos estrictamente ajustados á los términos de la Concesión Real, careciendo, en absoluto, de toda facultad para hacer en ellos ninguna innovación, ni aun en los mínimos detalles.

En las grandes festividades de las Colonias, que eran las del advenimiento de los Reyes, los Escudos de Armas que se colocaban en las decoraciones de las Plazas y de los edificios públicos solían estar surmontados por divisas ó inscripciones mudables como las circunstancias, como el sentimiento, como la inspiración ó el gusto dominante en la época ó en la ocasión; y esas mismas inscripciones se veían en los estandartes ó guiones, que también se consideraban decorativos, que se lucían en el acompañamiento del Pendón Real ó del Pendón del Cabildo, no pudiendo tener entrada en estos Pendones oficiales las tales inscripciones, como no la tendrían en el Pabellón Nacional ni en el Escudo de Armas que en la moneda representa la soberanía que la emite.

En los Escudos de las Ciudades suelen encontrarse, aunque raramente, motes ó divisas, como las tenían las armas de la antigua nobleza y de las Órdenes de Caballería, y como las tienen diversos escudos nacionales; el de Inglaterra, por ejemplo, en cuyas armas, contorneadas por la divisa de la Orden de la Jarretera "*Houni soit qué mal y pence*" está colocada debajo del Escudo en una cinta, la divisa Real "*Dieu et mondroit*"; y en el de los Estados Unidos de América, cuya Aguila sostiene en su diestra una banderola en que está escrita la divisa "*E pluribus unum*".

Pero estas divisas que son la expresión concentrada de un sentimiento, de un designio, de una cualidad característica ó de una tradición ó suceso histórico, tienen toda la permanencia del escudo de que hacen parte integrante, del cual no pueden ser separadas y dentro del cual no son alterables sino en la forma en que puede serlo el escudo mismo, esto es, por un acto de soberanía.

Sentados estos antecedentes legales é históricos, el hecho que nos presentaban las medallas,—que dejamos descriptas,—con que el Cabildo de Montevideo ha conmemorado las juras de Carlos IV y de Fernando VII en esa ciudad, le da á las inscripciones que ellas contienen carácter mudable ó transitorio y ese carácter las separa y excluye del Escudo, porque en éste todo es legalmente permanente y ellas son distintas.

Esta separación que se establece por los antecedentes legales, también puede considerarse gráficamente indicada por la falta de todo contacto, de toda adherencia entre la cinta y el escudo.

Heráldicamente, el *grito de guerra* ó de armas se colocaba en la parte alta del Escudo debajo de la corona ó del casco del caballero, y la divisa, como la hemos definido, en la parte baja; pero los gritos de guerra y las divisas,

que no pueden escribirse ni colocarse en el aire, se escriben en una bandera ó banderola ó en un listón ó cinta, *ligadas de algún modo al Escudo*.

Colocadas las cintas como están en las medallas del Cabildo, en el aire, ellas y sus inscripciones pueden ser decorativas ó conmemorativas, pero, heráldicamente, no están incorporadas al Escudo.

Si después de lo que queda dicho, todavía pudiera caber alguna duda, ella estaría absolutamente desvanecida por la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

Esa Real Cédula, — de que nos ocuparemos más adelante, — innovando, para perpetuar la gloria de la ciudad de Montevideo, el Escudo de sus armas, dispone que se coloque "*sobre el Cerro una corona de olivo, atravesada de otra de las Reales Armas, palma y espada*"; y si la cinta de la inscripción hiciera parte del Escudo, se habría ocupado de ella para suprimirla ó para darle otra colocación, porque no podía quedar ni arriba de la Corona Real, ni entre el Cerro y la Corona, desde que ésta debía colocarse sobre el Cerro.

Aunque estas observaciones son concluyentes, agregaremos: 1.º que si la inscripción ó leyenda — "*Castilla es mi Corona*" — hubiera hecho parte del Escudo de armas de la ciudad, no habría podido ser sustituido sino por una Real Orden; y 2.º que inscribiéndose en la que la sustituyó el nombre de Fernando VII, la Real Orden sólo podía dictarse en España después del advenimiento de ese Monarca y de la inauguración de su Gobierno.

El Príncipe de Asturias don Fernando, recibió la Corona entre los tumultos de Aranjuez que, desacatando las canas de su padre, le arrancaron la abdicación firmada en aquel real sitio.

No hubo Fernando VII sino después de la noche del 19 de Marzo de 1808.

El nuevo Monarca hizo en el día 24 de ese mes, su entrada en Madrid, á la sazón ocupado por un ejército francés.

El Príncipe Murat, jefe de ese ejército, no se creía autorizado para reconocer la validez de la abdicación de Aranjuez; y entretanto, mientras recibía las órdenes de su soberano, continuaba considerando y tratando á Carlos IV como Rey de España, el cual, poco después protestó contra la violencia de que había sido víctima.

En estas circunstancias, la única preocupación de Fernando fué propiciarse el reconocimiento de Napoleón, esperado á todo momento en España, en Madrid mismo y á cuya decisión apelaba tanto el padre como el hijo, constitiuyéndolo juez de las discusiones de la familia reinante.

Tan absorbente era esa preocupación, que ella retardó hasta los actos inaugurales del nuevo Gobierno.

Los ejemplares de las Reales Órdenes para la proclamación y la jura del nuevo Rey en sus dominios de América, sólo se extendieron del 1.º al 10 de Abril, y precisamente en este último día salía Fernando de Madrid para emprender el malaventurado viaje que lo condujo á Bayona, donde su padre

le exigió la devolución de la Corona, que el desdorado anciano entregaba á Napoleón.

Esas Reales Órdenes, que fueron las únicas que expidió para América el Gobierno del nuevo Monarca antes de la acefalia que produjo su salida de Madrid, llegaron al Río de la Plata á bordo de la Barca "Santo Cristo del Grào" que fondeó en el puerto de Montevideo el 25 de Julio de 1808.

Con ellas no recibió ni podía recibir el Cabildo nada que se refiriese al Escudo de Armas de la Ciudad, respecto del cual ni siquiera tenía noticia de las gracias que le estaban concedidas desde el mes de Abril del año anterior.

La tramitación de la Real Cédula que las contenía, había sido suspendida en Madrid por la noticia de la ocupación de la Plaza de Montevideo por los Ingleses; y aunque en los primeros meses de 1808 habían vuelto á ocuparse de ella, la paralizaron de nuevo los trastornos administrativos y personales ocasionados por los sucesos de Aranjuez.

La misma correspondencia de los Diputados que el Cabildo tenía en la Corte, quedó interrumpida; y, según consta por las instrucciones que se le dieron á don José Raimundo Guerra al enviarlo á España como apoderado de la Junta de Gobierno y del Cabildo, en 26 de Octubre de 1808 todavía no era conocida en Montevideo la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

Desde que el Cabildo no había recibido ese documento, el Escudo de Armas de la Medalla Oficial de la Jura de Fernando VII en 12 de Agosto de 1808 tenía que ser, como es, exactamente el mismo que se encuentra en la Medalla de Carlos IV, porque no le era permitido innovarlo, ni aun en lo más accesorio, sin previa y expresa determinación ó autorización del Poder Soberano que lo había concedido.

Si respetando el Escudo, que le era intocable, se cambió la inscripción de la cinta que en las mencionadas medallas se encuentra colocada, sobre el Cerro — pero en el aire, sin tocarlo, — es porque no hacía parte del Escudo. Pertenece á las medallas, y en ellas podía expresar el Cabildo el sentimiento dominante en el acto que conmemoraban.

El nombre de Fernando VII que se encuentra en la medalla de su Jura sin hacer parte ni legal ni heráldicamente del Escudo de Montevideo, ni del de ninguna otra ciudad, era, en la época de esas medallas, la expresión del sentimiento, profundamente lastimado, de una nacionalidad viril y pundonorosa.

La heroicidad del pueblo español, dominado por ese sentimiento, contrastaba y rescataba la flaqueza de sus Reyes.

El día 1º de Mayo de 1808, Fernando renunciaba en el Palacio Francés de Bayona la Corona que había recibido en Aranjuez; y en ese mismo día, al grito de ¡viva Fernando VII! el Príncipe Murat y su brillante séquito eran cubiertos de dieterios y silbidos al cruzar por la Puerta del Sol; y el

dia 2, cuando Carlos IV firmaba con mano temblorosa, la carta en que le decía á Fernando, que, "todo debía hacerse por el pueblo y *nada por él*" — el pueblo de Madrid tomaba la iniciativa de todo cuanto le cabía hacer á la hidalguía y al patriotismo español, protestando esforzadamente con las armas contra el predominio y las imposiciones de la fuerza extranjera.

Desde el 2 de Mayo, de impeccedera memoria, el nombre de Fernando VII fué el grito de guerra que le era declarada al avasallador de la Europa entera hasta por las más abiertas é inermes poblaciones de la península ibérica.

Ese grito, que fué, en verdad, esencialmente popular, y que, por serlo, está asociado en la historia de aquellos tiempos, tanto en España como en sus Colonias Americanas, á la reivindicación de la libertad, tenía en Montevideo una doble significación en los días en que allí se proclamaba y juraba á Fernando VII.

El Gobernador don Francisco Xavier Elio y el Cabildo, no confiaban ó aparentaban no confiar en la lealtad del Virrey don Santiago Liniers, por su nacionalidad de origen, y porque al comunicar á Napoleón la Reconquista de Buenos Aires en 12 de Agosto de 1806 le había declarado — "que conservaba, á pesar de la distancia y del tiempo, los sentimientos de un verdadero francés."

Y esa desconfianza, real ó aparente, con que cohonestaban el acto de verificar la jura el 12 de Agosto cuando el Virrey había designado el 31, y que los llevó, muy poco después, á separarse abierta y resueltamente de la obediencia al Jefe Superior del Virreinato, estableciendo una Junta Provisional de Gobierno, le daba á aquel grito, que en general expresaba el sentimiento de la nacionalidad indignada contra la conquista francesa, el carácter local de una protesta contra la presumida infidencia de Liniers.

Al nombre de Fernando VII, grabado en las medallas de su jura en Montevideo, que tenía escudo de armas, y en las de la Colonia del Sacramento y de Santo Domingo Soriano, que no lo tenían, no puede atribuirsele otro origen ni otro significado que el que le da la explicación, rigurosamente histórica, que acabamos de hacer.

El — Viva Fernando VII — expresaba, sin duda alguna, un sentimiento predominante en el acto de su proclamación en Montevideo; y esto comprueba, que las inscripciones de sus medallas conmemorativas, no han hecho parte del Escudo de Armas de esa Ciudad.

Esta conclusión nos parece sólidamente establecida; y sólo nos resta averiguar si el castillo con tres torres que se encuentra sobre el Cerro, representa una distinción ó un simple hecho material.

Para considerarla como una distinción, necesitaríamos algún suceso meritorio con el cual pudiera relacionarse; como por ejemplo, alguna acción de guerra que mereciera ser mencionada, recompensada ó perpetuada en esa

forma; y el suceso debía ser anterior á la proclamación del señor don Carlos IV, puesto que, en la medalla conmemorativa de su jura ya el Cerro estaba surmontado por el Castillo.

No hemos dado con suceso político ó militar á qué atribuir una conmemoración de ese género, al paso que, estudiando algunos papeles relativos á la fortificación de Montevideo, —de la que decía en 1744 el Virrey del Perú Marqués de Villagracia, —“que era una plaza á dos haces de defensa por ante mural á las colonias portuguesas, siempre sospechosas, aun conservando la neutralidad, y por ante mural á las hostilidades que pudiera intentar la nación británica,”—encontramos que en los planos del ingeniero Don Diego Cardozo y en una nota del Gobernador de Buenos Aires Don Miguel Salcedo, estaba iniciada la conveniencia de construir un fuerte en la *cabeza* del Cerro de Montevideo, en la que se conservarían, mientras aquella obra no se hiciera, algunos cañones de mayor calibre con los reparos más indispensables, para concurrir al respeto y á la defensa del Puerto.

Desde que las fortificaciones proyectadas tendían á hacer de Montevideo una respetable Plaza de Armas, el Castillo que coronaba su escudo, bien pudiera ser la representación simbólica de ese hecho ó de ese destino.

Pero sin darle esa representación, —aun sin estar hecha la construcción del Castillo— al configurarse el Cerro en el Escudo de Armas, si su cima estaba artillada, ese accidente no podía ser omitido; y al representarlo con las expresiones figurativas ó el simbolismo de la heráldica, la modesta batería toma la forma de Torre ó de Castillo.

El Castillo forma con el Cerro, en el que queda incrustado, una sola pieza, una sola unidad.

Por todo lo expuesto, concluimos que las primeras armas de la ciudad de Montevideo, eran —“El Cerro; en la cima del Cerro un castillo con tres torres; y en su base las aguas, que en la descripción de las medallas llamamos del *mar*, porque hasta allí llegan, mezclándose con las del Río de la Plata, las del mar Atlántico.”

II

El 23 de Enero de 1809 ancló en el Puerto de Montevideo el Bergantín “Buen Jesús” por el que llegó la Real Cédula de 24 de Abril de 1807, enviada directamente al Cabildo, por los Diputados que había acreditado en la Corte de Madrid.

La Real Cédula dice, textualmente, lo que sigue:

“Atendiendo á las circunstancias que concurren en el Cabildo y Ayunta-

miento de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, y á la constancia y amor que ha acreditado á mi Real Servicio en la reconquista de Buenos Aires, he venido por mi Real Decreto de doce del presente mes de Abril en concederle el título de muy fiel y Reconquistadora; facultad para que use de la distinción de Maceros; y que al Escudo de sus Armas pueda añadir las banderas inglesas abatidas que apresó en dicha Reconquista con una corona de olivo sobre el Cerro, atravesada con otra de mis Reales Armas, Palma y Espada.”

Examinando uno de los tres ejemplares auténticos que de esa Real Cédula le vinieron al Virrey, no hemos dado con ninguno de los rastros que habría dejado la agregación del dibujo colorido en la forma acostumbrada; lo que desde luego nos hizo presumir que no había venido.

Después, leyendo atentamente el texto de la cédula, vimos, bien claro, que la autorización que le daba al Cabildo para que él pudiera *añadir* al Escudo las banderas inglesas abatidas, no podía haber venido, como sin duda no ha venido, acompañada de un dibujo oficial que la dejaría sin efecto.

La acta del Cabildo de Montevideo, 17 de Febrero de 1809, refiriendo las disposiciones tomadas para fabricar las Masas y el Clarín y pintar sobre tabla *las armas nuevas para ponerlas de ese modo sobre las puertas*, dice que — “se les pondrían de manifiesto á los artistas que debían ejecutar esas obras *“los diseños que se han sacado”*”.

Si algunos hubieran venido de Europa, serían éstos y no los hechos ó sacados en Montevideo los que habrían servido de modelos.

Todo esto comprueba concluyentemente que con la Real Cédula de 24 de Abril no vino dibujo alguno.

El dibujo, pues, tuvo que hacerse en Montevideo con estricta sujeción á las disposiciones de la respectiva Provisión Real; y de esas disposiciones sólo era facultativa la que se refería á la forma en que se agregasen al Escudo *las banderas inglesas abatidas* que se apresaron en la Reconquista de Buenos Aires. En lo demás, ni el Cabildo ni el arte tenían libertad alguna, — “la corona de olivo debía colocarse forzosamente *sobre* el Cerro, atravesada con *otra* de las Reales Armas, Palma y Espada.”

El *diseño sacado* en Montevideo, y el Escudo pintado sobre tabla por don Luis Conti, con quien lo contrató el Cabildo, para ser colocado sobre la puerta de la Casa del Ayuntamiento, se han perdido para nosotros; y esta pérdida es tan absoluta que la falta de copias fehacientes no puede ser suplida de algún modo por descripciones ó por noticias que nos permitan hacer idea, siquiera inductiva, de su composición.

Y esto nos conduce á ocuparnos aquí del estudio crítico de los pretendidos Escudos de Armas de Montevideo que se han sometido á nuestro examen.

Esos Escudos son:

Dos hechos á mano y con pluma, de los cuales se nos han enviado copias calcadas.

Dos estandartes fondo de seda encarnada, bordados á oro y con piedras de colores, que conocemos por medio de las fotografías que de ellos se han tomado.

De estos dos estandartes sólo uno puede entrar en nuestro estudio, porque el otro no contiene más Escudo que el de las Armas Reales de España.

Antes de entrar al estudio especial de cada uno de estos escudos, mirándolos reunidos como los tenemos en la mesa en que escribimos, nos ocurren desde luego las siguientes observaciones:

1.^a No tienen uniformidad de forma. Aunque todos los Escudos de Armas traen su origen de los antiguos broqueles, existen entre ellos diferencias de forma que caracterizan ó indican á primera vista la nacionalidad á que pertenecen.

El Escudo francés es, en su forma oficial, — “un carré long, arrondi aux deux angles inferieurs et terminé en pointe au milieu de sa base.”

El Inglés y el Español diferencian la forma del Francés, — el Inglés, ensanchándola hacia la parte superior, — y el Español, redondeándola en la parte baja ó inferior.

El Escudo Italiano es óvalo, en memoria del pequeño broquel que los antiguos Romanos conservaban en el templo de Marte, — que sus tradiciones suponían descendido del cielo, y al que llamaban *aucilia* ó *aucile*.

Los dos hechos á mano y á pluma no tienen semejanza con ninguno de los que nos presentan los estandartes; y los de los estandartes, son, entre sí, completamente diversos.

La forma del estandarte que tiene el pretendido escudo de Montevideo, es completamente *redonda*.

Tenemos á la vista — muchos escudos de armas, auténticos, de los Reyes de España; hemos visto, uno á uno, todos los que contiene el *nobiliario genealógico de los Reyes y Títulos de España*; conocemos la mayor parte de los de las Ciudades de América y todos los de las capitales de las Provincias españolas, — y, con la única excepción del sello con que se reemplaza el Escudo de la Ciudad de Bilbao, ninguno de todos los otros — que propiamente son todos, — *tiene la forma redonda*.

Esta forma, pues, no tiene ni la autoridad del derecho, ni la del uso.

El mismo escudo del otro estandarte no tiene esa forma, como no la tienen tampoco los otros escudos de Europa.

Principiamos, pues, por establecer que la forma del escudo del estandarte mencionado no es oficial, lo que vale decir que ese escudo no lo es.

2.^a Observación. — Los dos escudos hechos á pluma y el del estandarte, esto es, los tres escudos que se suponen de Montevideo, tienen Coronas; pero las tres coronas no tienen el mismo dibujo, y lo que es más, ninguna de las tres es *Corona Real*.

La Corona que le concedió á Montevideo la Cédula de 1807 es la de las

Reales Armas, y los escudos que no la tienen, no pueden ser considerados como oficiales —no son oficiales.

Estas observaciones desautorizan los escudos.

El más simple de los hechos á pluma, se diferencia de la medalla de la jura de Carlos IV en que, en la parte inferior del Cerro aparece un *Yacaré*, y en la superior del escudo una Corona Ducal.

Dejando de lado al *Yacaré*, que es más extraño al Escudo que á las aguas de Montevideo, ese escudo no es el primero de esta ciudad, que no tenía corona; y no es tampoco el segundo, porque la corona de éste es *Real*, y porque le falta todo lo demás que le concedió la Cédula de 1807.

El otro á pluma, no tiene ni la forma ni la ornamentación fastuosa del escudo del Estandarte que vamos á estudiar en seguida; —pero la composición que ocupa el campo es la misma en los dos con la única diferencia de que, en el Escudo del Estandarte, la corona de Olivo está atravesada por el *Pendón Real* y en el otro por la *Bandera Real*.

Entre el Pendón y la Bandera Real, —siendo ésta la que se enarbola en todas las posesiones de España, en sus fortalezas, ejércitos y naves de guerra, —existen, entre otras diferencias, la de que el Pendón no tiene, como la Bandera, tres fajas horizontales, dos rojas en los extremos y una amarilla en el centro con el escudo de las Reales Armas.

Puede verse gráficamente esta diferencia comparando la bandera del escudo hecho á pluma, con el Pendón del Estandarte.

Este escudo del estandarte merece mayor atención que los otros, porque se encontraba en la Casa del Cabildo y fué traído de España por el señor doctor don Nicolás de Herrera, á su regreso de la comisión que desempeñó con honra y provecho de su ciudad natal.

Por esas circunstancias, la aparición de ese estandarte ha producido dudas y creado obscuridades que sin ella no habrían existido.

Pero creemos conveniente advertir, que esas circunstancias, que llevamos en cuenta para examinar con mayor detenimiento el escudo del estandarte, no le dan autoridad alguna, porque ni el señor doctor Herrera ni el Cabildo mismo la tenían para poner, quitar, cambiar ó modificar nada en el escudo de la ciudad. Si resulta que no está ajustado, estrictamente, á la Real Cédula de la respectiva concesión, no tendrá valor alguno legal ni histórico; será cuando más decorativo.

Estaría en el caso de las variaciones que pueden componerse sobre los temas del Himno Nacional.

Podrían ser bellisimos, tener mucho del himno, pero no serían el himno. Veamos el escudo.

Domina en su campo el Pendón Real, que en sotuer con la Palma y la Espada, quedan ceñidos en la parte superior por la Corona de Olivo que corta ó divide la abertura de la puerta del castillo; descansando en la parte inferior sobre cuatro banderas inglesas abatidas.

Esta composición podría ser artísticamente muy buena, y hasta preferible á cualquier otra.

Pero no tratamos de componer un escudo ni de constituir un derecho: tenemos derecho constituido (en el caso irrevocable), y para investigar y establecer la composición *legal* del escudo de Montevideo, ya el arte no tiene la palabra: la tiene, y taxativamente, la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

Para explicar la existencia del Pendón Real — al que denominan *Bandera*, se recurre á una interpretación gramatical.

Pero la redacción del texto de la Real Cédula, es clarísima, — sobre todo en el punto donde se pretende abrir brecha para que entre la bandera.

“La Corona de Olivo, dice, será atravesada por *otra* de mis Reales Armas” — ó, lo que es lo mismo, por *otra corona* de mis Reales Armas.”

Si se refiriese á las banderas inglesas abatidas, que quedan más lejos que la Corona de Olivo, habría dicho con propiedad — “la Corona de Olivo será atravesada por mi bandera Real.”

Admitiendo que fuera la bandera y no la *Corona* Real la que atravesase la de Olivo, como ésta debe colocarse *sobre el Cerro*, resultaría una imposibilidad ó un absurdo.

Ó la bandera, sin asta, se atravesaría sobre la corona, como en una ceremonia ó alegoría funeraria podría atravesarse sobre un ataúd, ó el asta sería la que atravesase la Corona de Olivo, quedando la bandera inclinada lateralmente, casi abatida, sino abatida.

Para que la bandera quedase erguida, como símbolo de dominio y de victoria, el asta debía estar de pie, adherida ó sujeta al Cerro de alguna manera, quedando la Corona de Olivo atravesada por el asta, y el Cerro surmontado por la bandera.

El autor del dibujo del escudo que estamos estudiando debió encontrarse con estas dificultades, y no pudiendo vencerlas, respetando, siquiera aparentemente, la letra de la Real Cédula, porque las palabras — “*con una Corona de Olivo sobre el Cerro*”, eran tan precisas, tan concretas que no dejaban resquicio por donde pudiera pasar ninguna argucia gramatical, la desató sin miramiento, y sacando la corona de Olivo que estaba *sobre el Cerro* y que, legalmente no podía estar en otra parte del escudo, la hizo descender, ciñendo los muros del castillo, hasta dejarla cortando ó dividiendo la abertura de su puerta.

La corona, colgada, clavada ó pegada á los muros del castillo, está atravesada por el Pendón Real de un lado, y por la Palma y la Espada del otro.

Sobre el Cerro no queda nada; y siendo bandera y no corona la que atraviesa la *Corona de Olivo*, el Escudo se queda sin corona.

Sin embargo, en la cima del escudo se ostenta una corona que no existe en la Real Cédula de 1807 — desde que sea *bandera* y no *corona* la que debe atravesar la de Olivo.

Y todo lo que no determine la Real Cédula es absolutamente arbitrario, ilegal.

Ningún escudo de armas tiene corona sino por concesión Real *especial y expresa*; y el lugar en que debe colocarse, también es determinado en la misma concesión.

Así vemos, por ejemplo, que entre las principales ciudades de España, los escudos de armas de Sevilla, Segovia, Coruña, Soria, Albacete, Lugo, Alicante, Almería, Avila, Ciudad Real y hasta la misma Oviedo, cuna y residencia de Reyes, no tienen corona.

En América, el escudo del Cuzco, ciudad que, como consta en las leyes de Indias, era la más principal entre las de Nueva Castilla, de primer voto, hablando en el concurso de ellas antes que ninguna, no tiene corona, como no las tenían los de Córdoba del Tucumán, Buenos Aires, la Asunción del Paraguay y el primero de Montevideo; al paso que los tenían las de Méjico, Lima, Quito, Santiago de Chile, La Plata, Santa Cruz de la Sierra, etc.

Todos los escudos que tienen corona, no la tienen en el mismo lugar ni del mismo modo. Por ejemplo los de Pamplona y de Orense en España, tienen las coronas en el campo del escudo.

Entre las coronas existen las mismas gradaciones que en el orden jerárquico que representan. La Corona Imperial ó Real está en la cúspide, como que es el símbolo de la más elevada dignidad social; y de allí viene descendiendo, grada por grada, desde la de Príncipe ó de Duque hasta la modesta corona del Barón ó el Yelmo del caballero.

Recordamos esto, que es elemental, para hacer sentir que ninguna de las piezas del escudo requiere una determinación más expresa.

Tratándose, como en nuestro caso, de una ciudad, el rango de la corona expresa la importancia del servicio especial, excepcional, que con ella se recompensa, sin llevar en cuenta ni sus méritos anteriores ni su importancia como centro poblado.

Por esto vemos en las ciudades de España que Toledo tiene Corona Imperial;—Granada, Murcia, Pontevedra, Madrid, Guadalajara, Zamora, Zaragoza, Santa Cruz de Tenerife, Coronas Reales;—Salamanca, Cádiz, Badajoz, Gerona, Tarragona, Balladolid, San Sebastián, Córdoba, León, Jaen, Huelva, Valencia, coronas de Duques ó Marqueses, mientras que Barcelona y Burgos, sólo llevan las de sus Condes.

En consecuencia, la que tuviera el escudo de armas de Montevideo, representaría la importancia del servicio prestado en la Reconquista de Buenos Aires.

Ya hemos demostrado que si la *Corona de Olivo* fuera atravesada por una bandera y no por *otra corona* de las Reales Armas, el escudo de Montevideo no tendría corona; de lo que se seguiría que no le pertenece la que le da el escudo del mencionado estandarte.

Pero si, como dice la Real Cédula de 1807, la corona de olivo es atravesada por *otra* (corona) de las Reales Armas, la que le corresponde á Montevideo es la Corona *Real*, y no la Corona *Ducal* que se le adjudica en el Escudo del Estandarte.

De lo que resulta, en definitiva, que la composición del Escudo del Estandarte, ó le quita á Montevideo el más alto reconocimiento y la más alta recompensa del eminente servicio que prestó en la Reconquista de Buenos Aires, ó lo disminuye, rebajando la expresión heráldica de la recompensa que merecía, y que le decretaron.

Además de surmontar el escudo con una corona Ducal, se le ha agregado, contorneando el campo, la leyenda de la medalla conmemorativa de la jura de Carlos IV — “*Castilla es mi Corona*”.

Dejamos demostrado que esa leyenda, — que no se reproduce en la medalla de la jura de Fernando VII, — no hace parte del Escudo, por lo cual sin duda no la llevó en cuenta la Real Cédula de 1807.

Acceptando la arbitraria composición del escudo del Estandarte, siendo Castilla Corona de Montevideo, desde que su escudo de Armas se surmonta con una Corona, ésta debía ser la del antiguo Reino de Castilla y no la Corona Ducal que le han puesto.

Estando sin embargo á la letra, bien clara, de la Cédula de 1807, la corona que le corresponde á Montevideo es la Real de la España unificada en cuyo seno había desaparecido el antiguo Reino de Castilla, que ya no era más que una parte de la Monarquía española.

En cualquiera de estos casos, la leyenda es, cuando menos, un contrasentido.

Para colmo de agregaciones inautorizadas se han ornamentado los flancos del escudo con palmas, banderas y tambrequines; — y en la parte baja recamada de oro y de piedras de colores, se presentan, separadas por una especie de cauda, las recámaras de dos cañones.

Si algo que asoma, en la parte alta del escudo, debajo de la Corona Ducal, fuera una cabeza, (que bien pudiera ser la de un grifo), se relacionase con la especie de cauda que hemos señalado en la parte inferior, tendríamos, á más de lo mucho que dejamos mencionado, un animal colocado en la misma posición que las Aguilas del Escudo de Lima.

Pero nada de esto puede tener un escudo de armas, sin que se lo dé, expresa y detalladamente, la autoridad suprema que lo concede.

Las concesiones de banderas y trofeos militares, son rarísimas.

Entre los escudos de armas de las cuarenta y nueve capitales de las Provincias de España, sólo encontramos *uno* — el de la Ciudad de Lérida, — con banderas y trofeos militares. El de la inmortal Zaragoza, que es la prez del patriotismo y de la heroicidad española no tiene ni banderas ni cañones.

Entre los que conocemos de las ciudades de América, sólo el del Cuzco tiene banderas.

No habiéndosele concedido á Montevideo las palmas, las banderas ni los cañones con que se ha ornamentado el escudo del Estandarte, nada de eso le corresponde.

En este Escudo del Estandarte, en el segundo de pluma, del cual es copia, como ahora lo vemos, el que en 1810 mandó grabar en madera el Padre Cirilo, para colocarlo al frente de la Gaceta de Montevideo (que es el segundo periódico de esa Ciudad), (1) las banderas Inglesas abatidas no son más que *cuatro*.

Este error es muy explicable.

Fueron *cuatro* las banderas que el Ejército Inglés, después de haber evacuado el Fuerte, rindió con sus armas ante las tropas reconquistadoras, en la plaza que se denominó de la Victoria.

El General Liniers sólo menciona dos del Regimiento número 71, "como si ellas solas, según lo hemos dicho en otro escrito, merecieran esa mención, como si las luces de la gloria que las había iluminado en los dos hemisferios obscureciese á todas las otras!" (2); pero en el informe elevado por el Ayuntamiento de Buenos Aires al Gobierno de España en 20 de Agosto de 1806, da el número de *cuatro*.

Cuatro son las votadas por el General Liniers á la Virgen del Rosario, cuya imagen se venera en la Iglesia del Convento de Santo Domingo de Buenos Aires. Estas cuatro banderas fueron las únicas que se hicieron visibles saliendo del Fuerte en la tarde del 23 de Agosto de 1806, con grandísimo acompañamiento, y escoltadas por la Compañía de Milicias de Montevideo que mandaba don Juan Ellauri, para ser trasladadas al Templo de Santo Domingo, donde al siguiente día tuvo lugar la función magna de la entrega.

El General Liniers, que recibió título de Castilla con facultad para elegir la denominación y proponer su escudo de armas, tomó el de *Conde de Buenos Aires*, agregando á su escudo las cuatro banderas que, con sus armas, había rendido el Ejército Inglés.

Las otras dos banderas que el General Liniers, por un acto que no tuvo publicidad alguna, remitió á Córdoba, votándolas á la imagen de la Virgen del Rosario que se venera en la Iglesia de Santo Domingo de aquella ciudad, quedaron en completa obscuridad y nadie las tuvo presente ni aquí ni en España, cuando se trató ó se habló de los trofeos de la Reconquista.

Entretanto, esas dos banderas no sólo hacen parte de esos trofeos, sino que una de ellas, la que flameaba en el Fuerte, residencia de los Virreyes, tiene la más alta significación.

(1) El primer periódico de Montevideo, es el que se publicó en inglés y español, por la imprenta del Ejército que ocupó esa plaza el 3 de Febrero de 1807, con el título de — « *The Southern Star* » — *La Estrella del Sur*, (armas de Inglaterra) — « 7 números ».

(2) Contestación á una consulta de la Municipalidad de Buenos Aires, 12 de Septiembre de 1882.

Cuando el General Berresford tomó posesión del asiento del Gobierno del Virreinato en la tarde del 27 de Junio de 1806, se arrió la bandera Real de España en el Fuerte de Buenos Aires sustituyéndola por la de la Gran Bretaña, como se sustituía la dominación española por la inglesa; y fué esta bandera, que había simbolizado durante cuarenta y seis días la conquista y la dominación inglesa, la que el mismo General vencido, mandó arriar en la tarde del 12 de Agosto del mismo año, entregando su espada al Jefe de la Expedición Reconquistadora.

La verdad, hoy reconocida y comprobada es, que el trofeo de la Reconquista se compone de las dos banderas del Regimiento número 71, de la del Batallón de Marina y de la que flameaba en la posición del Retiro, que son las cuatro que se conservan en el templo de Santo Domingo de Buenos Aires; de la del Batallón de Santa Elena y de la que flameaba en el Fuerte de Buenos Aires el día de la Reconquista, que se encuentran en el templo de Santo Domingo de la ciudad de Córdoba; y de un guión del 71 que existe en la Metropolitana de Buenos Aires. En el todo, seis banderas y un guión.

La Real Cédula de 24 de Abril de 1807 le adjudica al escudo de armas de Montevideo las *banderas* apresadas en la Reconquista; y esas banderas, son todas las que componen el trofeo que dejamos detallado.

Sobre esto no cabe duda alguna.

III

Por el estudio crítico que acabamos de hacer del escudo del Estandarte que se encontraba en el Cabildo, y que comprende el de los otros sometidos á nuestro examen, juzgamos que queda averiguado y concluyentemente establecido:

1.º Que el escudo del estandarte no tiene la forma oficial y usual de los escudos españoles.

2.º Que no obedece á las prescripciones de la Real Cédula de 1807, con arreglo á las cuales la *corona* de Olivo, que se le concedía á Montevideo, debía estar colocada *sobre* el Cerro, atravesada por otra de las Reales Armas, Palma y Espada.

3.º Que cambiando la *Corona* de las Reales Armas por la *bandera* Real, deja al escudo sin aquella otra corona que es la que proclama y recompensa el alto servicio prestado por Montevideo en la Reconquista de Buenos Aires.

4.º Que las banderas inglesas abatidas no son cuatro, sino todas las seis y el guión que constituyen el trofeo de la Reconquista.

5.º Que la corona que se coloca en la cima del escudo, — la leyenda que

lo contournea, — las palmas, banderas y lambrequines que ornamentan sus flancos, como los cañones cuyas recámaras aparecen en su parte inferior, no le pertenecen al escudo de Montevideo.

El de esa Ciudad no puede tener más piezas ú objetos (ó muebles que es la palabra técnica) que los expresamente determinados por la Real Cédula de 1807, como lo venimos repitiendo; — y esas piezas ú objetos deben colocarse en el sitio y en la forma que la misma Cédula designa.

Respecto á esto no cabe duda, ni puede promoverse cuestión alguna:

Hecha, como no puede dejar de hacerse, la eliminación de las piezas ú objetos no mencionados en la Real Cédula y que, por consiguiente no pertenecen al escudo, veamos lo que queda, esto es, lo mencionado en la Real Cédula.

Este documento faculta á la Ciudad de Montevideo para que use la distinción de Maceros, y que al escudo de sus armas pueda añadir — “las banderas Inglesas abatidas que apresó en dicha Reconquista, con una *Corona* de Olivo *sobre el Cerro*, atravesada con *otra* de las Reales Armas, Palma y Espada.”

Ni nada más, ni nada menos.

La colocación de la Corona de Olivo no ofrece duda alguna; -- *sobre el Cerro*, dice la Real Cédula. (1)

De ahí no puede removerse *legalmente*.

La corona de Olivo atravesada por la *otra* de las Reales Armas, con la Palma y la Espada, sobre el antiguo escudo de la Ciudad, — el Cerro — simboliza el triunfo alcanzado por las armas de Montevideo; y la máxima importancia de ese triunfo se aquilata y se establece por la Corona Real, que siendo el símbolo de la más alta dignidad, es la recompensa más encumbrada.

Si la Corona de Olivo desapareciera de la cima del Cerro, — si desapareciera también la Corona Real, sustituyéndola por una bandera, desaparecería con ellas esa leyenda simbólica, que es la síntesis más expresiva de la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

Esta explicación no deja asidero á la más leve duda sobre la composición del escudo concedido á Montevideo por esa Real Cédula; pero si alguna pudiera abrigarse todavía, ella va á disiparse por los antecedentes que vamos á consignar.

Por todos sus antecedentes, esa Cédula tiene el carácter y la fuerza de una Sentencia, recaída en el verdadero litigio sostenido ante la Corona de España, por los apoderados de los Cabildos, representantes de las ciudades

(1) Según queda demostrado en otro lugar, el Castillo hace parte del Cerro en que está incrustado y con el que constituye una unidad material.

de Buenos Aires y Montevideo, sobre mejor derecho á los trofeos y recompensas de la Reconquista.

Los mencionados apoderados hicieron las respectivas exposiciones de los méritos y servicios prestados por las ciudades que representaban; pero el de Buenos Aires solicitó determinadamente, entre otras recompensas, la de un escudo de Armas cuyo proyecto presentaba en una lámina colorida y acompañada de prolijas explicaciones.

Poseemos un facsímile, en pergamino, del escudo solicitado.

Está dividido en pal.—En el primer cuartel ó pal, sobre plata las armas que tenía la ciudad; en el segundo dividido en faja, en la parte alta, también sobre plata, una joven alada colocada sobre un globo, teniendo en la mano derecha una corona cívica y en la izquierda una corona mural; en la parte baja, sobre rojo, una ciudad con un Castillo en el que tremola un estandarte real. Este segundo cuartel tiene orla azul con un letrero de oro que dice — *La vencida vencedora. Por cima del escudo, la Real Corona, colocada sobre otra de laurel que entreteje la palma y la espada*; —y, por último, debajo, en la punta del escudo, la figura de un indígena (que según la explicación representaba á la América) con un careax en las espaldas y un arco en las manos disparando flechas á una porción de banderas inglesas abatidas.

El litigio fué decidido en favor de Montevideo, en la cima de cuyo escudo de armas se colocó la *Corona Real, la palma y la espada*, solicitada para el de Buenos Aires, quedando el de esta ciudad que era el mismo de hoy, como lo tenía antes de la Reconquista.

Desvanecidas todas las dudas que han podido ocurrirse sobre la composición legal del escudo de armas concedido por la Real Cédula de 24 de Abril de 1807, podemos dejar establecido, que las armas de Montevideo son: —“El Cerro, con su Castillo de tres torres; sobre éste, una corona de Olivo atravesada por otra de las Reales Armas, Palma y Espada; cayendo de los flancos abatidas sobre el campo del escudo las seis banderas y el guión apresadas en la Reconquista de Buenos Aires.”

IV

Los documentos con que el Cabildo de Montevideo demostró y comprobó los méritos y los servicios de esa Ciudad en la Reconquista de la de Buenos Aires, justifican plenísimamente los títulos y los trofeos que le adjudicó la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

Pero esos documentos no fueron publicados y, en parte al menos, pueden haber desaparecido de los Archivos de Montevideo, de los que se extrajeron

muchos papeles en 1814, y que, después de esa fecha, estuvieron mal cuidados y desorganizados, lo que ha contribuido sin duda á que no fueran conocidas ó bien apreciadas por los historiadores del Río de la Plata la importancia y la eficacia de los elementos morales y materiales con que concurrió Montevideo á la reconquista de Buenos Aires.

Alguno de esos historiadores ha dado tan poca importancia á la acción de Montevideo que, al historiar la reconquista, ni siquiera lo menciona, y los otros que no incurrir en tal omisión, casi inexplicable, no conocían, probablemente, ni el origen popular que tuvo en Montevideo la iniciativa de la reconquista de Buenos Aires, ni el entusiasmo viril y la abnegación, por ninguno excedida, con que los habitantes de aquella Ciudad hicieron inmediatamente posible, con sus personas y con sus haberes, la expedición reconquistadora.

Conviene, pues, que al salir de la obscuridad y del olvido, el Escudo de Armas de la Ciudad de Montevideo, lo ilumine la verdad histórica para que reaparezca con todos los resplandores de una gloria tan legítima como popular.

V

Para concurrir á ese fin nos serviremos, casi exclusivamente, del testimonio auténtico que poseemos, de uno de los varios expedientes informativos y comprobatorios promovidos por el Cabildo de Montevideo para justificar los servicios de esta Ciudad en las invasiones inglesas. Este documento adelanta mucho á todos los publicados.

Desde la última década del siglo pasado abrigábase la creencia de que los Ingleses intentaban apoderarse del Río de la Plata; pero á pesar de las previsiones y de las órdenes de la Corte, no estaba preparado para una resistencia eficaz, y lo que era peor, no podía prepararse con sólo las fuerzas y los recursos oficiales de que aquí se podía disponer.

El régimen colonial excluía al pueblo; y, merced á la corrupción del oficialismo, aún el número de tropas de línea y de las milicias alistadas en el Virreinato era muy inferior al que daban las listas de revista y pagaba mezquinamente el Erario, el cual, por otra parte, se encontraba también en situación angustiosa.

En 1794 se tuvo motivo para recelar el próximo arribo de los Ingleses; y la primera y casi única providencia del Virrey, fué la que mandaba encajonar el Archivo y los caudales públicos, para trasladarlos al interior.

Más de diez años después, al aparecer en las costas del Brasil una Esquadra Inglesa con destino desconocido, el Virrey visitó á Montevideo para

que se estudiase un plan de defensa de esa Plaza, reforzando su escasa guarnición; pero, en cuanto á la Capital, se limitó, como en 1794, á disponer el encajonamiento de los papeles y del dinero, manifestando la intención de internarse con ellos, abandonando el asiento de su Gobierno, como si fuera indefendible ó se sintiera él incapaz de defenderlo.

Sin aliento para levantarse á la altura de su deber, privado de las fuerzas morales, que, en ciertos momentos supremos, suplen á las fuerzas materiales, las despiertan, las crean, ó las dominan, y, que en todos los eventos salvan la honra y las responsabilidades del Poder público, el Virrey, antes de encontrarse en presencia del enemigo, estaba ya vencido por su imprevisión y por su flaqueza.

Y como en el Virrey residía el poder autoerático, que es la anulación del poder social, el pueblo, anulado y desarmado, no había tenido ni tiempo para darse cuenta de lo que ocurría, cuando, precipitándose los sucesos, se encontró entregado al enemigo que, sin resistencia, ocupó la Capital, sometiendo á su obediencia, por el vínculo del juramento, á todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas que en ella residían.

Las consecuencias materiales de los actos del poder oficial habianse producido lógicamente; y “el 27 de Junio de 1806, — dice un ilustre historiador argentino, — una columna inglesa de 1,550 hombres entraba triunfante por las calles de Buenos Aires, á tambor batiente y banderas desplegadas, tomando así posesión de una ciudad de 45,000 habitantes, mientras su Virrey huía vergonzosamente.” (1)

El pueblo, avergonzado y lloroso, protestaba con su actitud, que era cuanto por el momento podía hacer contra tan oprobiosa manifestación de la impotencia y de la incapacidad de sus Gobernantes. (2)

En cuanto á la plaza de Montevideo, el refuerzo había consistido en 160 hombres, los que unidos á los Dragones y Blandengues de Buenos Aires que allí existían, no alcanzaban á formar un total de 500 soldados, mal atendidos.

Con este número de veteranos, Montevideo debía prepararse para resistir al Ejército, cuya fuerza no conocía, que realizaba la conquista de Buenos Aires, ateniéndose á sus propios recursos, que, dentro del régimen colonial, eran escasísimos.

Al llegarle la noticia de la conquista de la Capital, todo cuanto tenían y podían hacer los de Montevideo, debía parecerles poco para atender á su propia defensa, que era, naturalmente, la primera idea, el primer propósito que la evidencia del peligro, ya tan cercano, debía inspirarles.

(1) General Mitre — Historia de Belgrano.

(2) Memorias del doctor don Mariano Moreno.

Y, sin embargo, la primera idea, el primer propósito que produjo la primera noticia de la conquista de Buenos Aires, fué la de la reconquista.

Podemos afirmar, con entera seguridad, porque así lo comprueban las tradiciones y los documentos de la época, que la idea de la reconquista, que era la de todos, la del Gobernador como la del pueblo, brotó espontánea y simultáneamente en todas las clases sociales, y que, con el concurso de todos, desde luego ofrecido, tuvo principio de ejecución práctica apenas conocido el desastre de la Capital.

No sabemos si la reconquista fué un cálculo en el Gobernador don Pascual Ruiz Huidobro, militar entendido y pundonoroso; y si lo fué, él honraría su memoria.

La ciudad de Montevideo, por heroica que fuera su decisión, no podía resistir, aisladamente, á los elementos de guerra que se concentrarían sobre ella, puesto que, aun admitiendo la posibilidad de rechazar á las fuerzas que se habían apoderado de la Capital, — y cuyo número, repetimos, no era todavía conocido, — á nadie podía ocultársele que ellas serían poderosamente reforzadas tan pronto como llegase á Inglaterra la noticia de la conquista de Buenos Aires.

Siendo esta la verdad de la situación de Montevideo y no pudiendo esperar refuerzos ultramarinos porque la Inglaterra era señora de los mares, la idea de la reconquista inmediata, instantánea, era tan viril como acertada, porque ofreciendo un punto de apoyo, una base de fuerza organizada al esfuerzo y al patriotismo del pueblo de Buenos Aires, si el éxito coronaba la empresa, la defensa común tendría en aquella ciudad, por su posición, por sus recursos y por la influencia de su poder tradicional como metrópoli del Virreinato, una base más extensa y más sólida que la que pudiera dársele en Montevideo.

Pero si la idea era feliz bajo este aspecto, Montevideo sólo podría realizarla por una verdadera heroicidad.

Para realizarla, debía desprenderse de toda la infantería veterana de su guarnición y de una parte de su vecindario armado; del personal de la artillería de línea, que le era esencial; de su mejor material de guerra de campaña, y de las cañoneras ó lombardas artilladas, necesarias para la defensa de su puerto y de sus costas, cuando bastaban algunas de las naves del Comodoro Popham para colocarlo en serios conflictos, cañoneando las baterías de la parte del río y bombardeando la ciudad.

Muy adelantada ya la organización de las fuerzas expedicionarias, fué puesto á prueba el temple de este tan abnegado desprendimiento, por noticias de origen respetable, que hicieron creer en un próximo ataque de los Ingleses; pero esta creencia, lejos de detener, aceleró los últimos aprestos para la marcha de la expedición, no ocurriendo en ella más mudanza que la de su Jefe, el Gobernador Ruiz Huidobro, que resolvió quedarse en su

puesto, compartiendo el destino del vecindario encargado de la defensa de la plaza.

Si Ruiz Huidobro, promoviendo la reconquista, hubiera obrado por cálculo, el vecindario que la proclamó desde el primer instante y que la hizo posible aflojando las ligaduras con que lo inmovilizaba el régimen colonial y patentizando su voluntad y sus medios, sólo obedecía al sentimiento despertado por la acción conquistadora de la fuerza extranjera.

Ningún cálculo puede tener la generalidad ni la difusión eléctrica del sentimiento; y cuando, como aconteció en Montevideo en el día 30 de Junio de 1806, un pueblo se conmueve y se levanta por sí mismo y piensa y obra como un solo hombre, es un sentimiento, y nunca un cálculo político ó estratégico, el que lo impulsa y lo domina.

Ese sentimiento, apoderándose enérgicamente del Cabildo, como se había apoderado del vecindario que él representaba, ensanchó la esfera de su acción oficial; y el Gobernador, resignándose á ese hecho producido é impuesto por las circunstancias, admitió la participación gubernativa del elemento popular que el régimen colonial excluía, en el acuerdo y en la ejecución de medidas de su privativa competencia como representante del Monarca.

El Cabildo fué lejos; y el día 18 de Julio de 1806, declaraba "que en virtud de haberse retirado el Virrey al interior del país, de hallarse suspenso el Tribunal de la Real Audiencia y juramentado el Cabildo de Buenos Aires, era y debía respetarse en todas circunstancias, el precitado Gobernador don Pascual Ruiz Huidobro como Jefe supremo del Continente, pudiendo obrar y proceder con la plenitud de esta autoridad, para salvar la ciudad amenazada y desalojar la Capital del Virreinato." (1)

Así, se iniciaba, al repeler la conquista extranjera, en el Río de la Plata como en España, por el despertamiento de la acción popular, que venía á llenar el vacío dejado por la impotencia y la cobardía; allá, la descomposición del régimen del absolutismo monárquico; aquí, la del régimen colonial, doblemente depresiva.

VI

El grande movimiento de opinión producido en Montevideo, sin ejemplo hasta entonces en nuestra vida colonial, está narrado y comprobado, en su conjunto y en sus mínimos detalles, en el expediente á que nos hemos referido.

(1) Francisco Bauzá.—Historia de la dominación española en el Uruguay.

Como narración de conjunto, tomamos la que hace en su informe don Joaquín Alvarez C. de Navia, Comandante de Milicias.

“El 29 de Junio por la noche,—dice—tuvimos la inesperada noticia de la toma de la Capital. Por entonces, y hasta los dos ó tres días no pudo averiguarse el número de las tropas enemigas, ni las circunstancias de la acción; pero este vecindario, lleno del mayor entusiasmo por la defensa de los dominios del Rey, la Religión y la Patria, no trataba de otra cosa que de la reconquista de la Capital: la voz era general en los Cafés, tertulias, juntas y cualquier otro paraje, tanto entre los Nobles como en los Plebeyos: no se presentaba dificultad que al momento no se venciese: la falta de dinero era la de menos consideración, porque no teniéndolo el Rey, al instante se facilitaba por los mismos vecinos con generosidad. Como se necesitaba aumento de tropas, y se oponía á la creación de cuerpos el limitado sueldo, que había sido una causa conocida de la decadencia de los Regimientos Veteranos, al instante se recibió el aumento hasta doce pesos mensuales, satisfaciendo el exceso por imposiciones que cargaron sobre sus intereses y exhibiendo el dinero de contado; con cuyo motivo se creó incontinenti la Compañía de Miñones y el Cuerpo de Voluntarios Urbanos de Caballería.—Todo esto se ejecutó en el término de doce á catorce días, y en el entretanto se daban las demás disposiciones se formó Junta de Guerra, y por ella se confirmó el mando al señor Gobernador de esta Plaza don Pascual Ruiz Huidobro, y en circunstancias que se disponía la marcha, hizo creer la equivocación de una carta que los enemigos venían á atacar esta Plaza; hasta entonces no había podido indagarse con certidumbre su número, sin embargo de que un señor Pueyrredón, sujeto poco conocido aquí, y algunos otros aparecieron en ella dando algunas noticias opuestas entre sí, y que dentro de poco se averiguaron con más probabilidad, según informes y cartas conseguidas desde aquí de sujetos de probidad y reputación. Una noticia que podía causar algún cuidado y hacer preferir la defensa de esta Plaza, en nada entibió los ánimos, antes por el contrario se observó más empeño y tesón: tratóse del nombramiento de nuevo Jefe, supuesto de que ya no convenía la ausencia del señor Gobernador, y en esas circunstancias, todo pronto para marchar, tanto la expedición por mar como la tropa por tierra, llegó á esta Plaza el señor Brigadier don Santiago Liniers, que fué uno de los que, como llevo referido, informaron con seguridad, fué elegido para el mando en 19 de Julio del mismo año, y como todo estaba pronto, emprendió su marcha por tierra el 21 del mismo mes.”

Este sencillísimo relato — textualmente transcripto, — corroborado por todos los documentos que encierra el expediente mencionado, bastaría para dejar establecido que la población de Montevideo promovió é hizo posible la reconquista de Buenos Aires, apenas le llegó la noticia de su ocupación por un Ejército Inglés.

Pero los detalles en que los indicados documentos nos permiten entrar, ampliando y complementando ese relato, caracterizan la abnegación con que los vecinos de Montevideo le adquirieron el más incontestable derecho á los laureles de la reconquista.

VII

Para aumentar la escasa guarnición de la plaza y poder emprender la reconquista de la Capital, los principales vecinos solicitaron del Gobernador que decretase la creación de nuevos cuerpos Urbanos, en los que ellos mismos se enrolarian, promoviendo á la vez donativos de dinero para que pudieran hacerse las erogaciones que el estado de guerra ocasionaria.

El alistamiento, voluntario para todos, se verificó con tanta rapidez, que el día 5 de Julio estuvieron organizados. — “El Tercio de Naturales ó *Criollos*”, como dice algún documento; — “el de Vizcaínos y Andaluces”; — el de “Catalanes, Castellanos” etc., — y el de “Extramuros”, compuesto de vecinos de los afueras de Montevideo que se enrolaron en la Ciudad. Estos tercios formaban en ese día 800 plazas.

Simultáneamente se alistaban en el Batallón de Milicias ó Voluntarios de Montevideo; en los Artilleros Milicianos y en el Regimiento de Voluntarios de Caballería.

En los cuarteles de este vecindario armado, que lejos de pesar sobre el Erario público lo auxiliaba y proveía, nació la idea de que los Hacendados y comerciantes se cotizasen para pagar el pret de los individuos pobres de la campaña que tomasen las armas; y, con este arbitrio, en quince días se presentaron más de mil hombres.

Algunos hacendados hacían más. Don Juan José Seco, por ejemplo, armó, equipó y montó doscientos ginetes, y solicitando que se pusieran á las órdenes del Ayudante Mayor de Blandengues don José Artigas, se comprometió á mantenerlos y pagarles por el tiempo que durase la guerra; — y otros, como don Pedro Casaballe, se presentaron acompañados de cierto número de hombres armados, equipados y pagados por ellos.

Los Catalanes avecindados en Montevideo, organizaron, como cuerpo libre, la compañía de Miñones ó Migueletes, que se hizo notable en la reconquista de Buenos Aires, con la condición de que los únicos que tendrían pret serían los que no poseían otros medios de subsistencia que los que les daba el trabajo diario que abandonaban.

El personal de los Cuerpos Veteranos venidos de Buenos Aires, que con el último refuerzo no alcanzaba efectivamente á quinientos hombres, como va dicho, había disminuido, y fué remontado con cerca de 200 hombres, mejorando su pret que había sido mezquino y mal pagado.

Las listas nominales que tenemos presentes, prueban que en los Cuerpos Urbanos estaban alistados y mezclados con los más humildes, los vecinos de más elevada posición y caudal,— los mismos que le hacían al Gobierno donativos y préstamos patrióticos de dinero; y cuando se trató de designar el contingente de las Milicias de Montevideo que debía hacer parte de la expedición reconquistadora, se produjéron entre ellos los mayores disgustos, un serio conflicto, porque todos querían ir á Buenos Aires, lo que no era posible sin comprometer la seguridad de la Plaza, base de las operaciones que iban á emprenderse.

El Gobernador resolvió el conflicto designando para la expedición á la Compañía de Granaderos y á la primera de Fusileros del Batallón de Voluntarios de Montevideo. Tomó el mando superior de este contingente, por antigüedad, el Capitán de la primera Compañía don Juan Balbín González Vallejo, y los inmediatos el de la de Granaderos don Joaquín de Chopitea; los Tenientes don Juan de Ellauri, don Cristóbal Salvañach, don Jaime Illa, don Gerónimo Olloniego; los Subtenientes don Juan Méndez, don Teo-tonio Méndez y don Victorio García de Zúñiga, todos vecinos pudientes cuyos apellidos se han perpetuado en la más distinguida sociedad de Montevideo.

Los acompañaban como Capellanes de la expedición reconquistadora los Presbíteros don Dámaso A. Larrañaga, Teniente Cura entonces de la Iglesia Matriz, y don Rafael Zufriategui.

El vacío que dejó el destacamento del Real Cuerpo de Artillería que se encontraba en Montevideo, se llenó con milicia de esa arma; y muchos y principales vecinos se consagraron á habilitarse para su buen servicio en la escuela práctica de Artillería que con ese objeto se había fundado, desempeñando, personalmente, y encalleciendo sus manos en los más rudos y mecánicos trabajos, para el montaje de los cañones y morteros y la fundición de los proyectiles.

En las listas de esos vecinos transformados en artilleros, que fueron cabos, sargentos y oficiales, y que, más tarde estuvieron al cargo de las baterías que resistiendo á los ingleses salvando el honor militar de Montevideo, se encuentran nombrados don José Cardoso, don Antonio San Vicente, don Zacarías Pereyra, don Simón de Jáuregui, don Pedro Berro, don Faustino García, don Juan Bautista Aramburú, don Alfonso Correa, don Juan Domingo de las Carreras, don Francisco de las Carreras, don Simón Salduondo, don Manuel Vicente Gutiérrez, don J. Morán, todos vecinos acaudalados ó de buena posición en el comercio, cuyos apellidos se han perpetuado también en la distinguida sociedad Montevideana.]

La misma población que tomándola las armas integraba el personal de la defensa de la plaza y el de la Expedición Reconquistadora, proveyendo además al Gobierno de dinero por medio de donativos y de préstamos patrió-

ticos, atendió también directamente, con sus bienes particulares, á todas las otras necesidades de la mencionada Expedición.

Para el transporte fluvial se necesitaba aumentar el número de las embarcaciones de que disponía el Gobierno; y, desde luego, los particulares ofrecieron espontánea y generosamente las que poseían, excediendo en muchísimo el número de las que pudieran precisarse.

El Gobierno, agradeciendo estas patrióticas ofertas, limitó su aceptación á las embarcaciones que le eran indispensables.

Algunos las ofrecían armadas y tripuladas; y entre las que hicieron parte de la Expedición encontramos las siguientes:

Una lancha de auxilio, perteneciente al comercio, armada con un cañón, facilitada por el Consulado; otra, propiedad de los vecinos don Juan Uset y don Francisco Castro, armada á su costa con un cañón de á diez y ocho, mandada por ellos mismos y tripulada por hombres suyos; otra, propiedad de los vecinos don Pedro Berro y don Pedro Errasquin, armada y tripulada á costa de esos señores; otra, propiedad del vecino don Antonio Arraga, armada y tripulada á su costa, y mandada personalmente por él.

El vecindario concurrió también á las provisiones que demandaban las fuerzas y los transportes fluviales y aquí no podemos dejar de hacer una mención muy especial del acaudalado vecino don Mateo Magariños.

Este señor, que promovió é hizo donaciones de dinero, y de artículos de toda clase, porque era comerciante, hacendado y saladerista, después de ofertar sus buques, entre los que había varios de navegación ultramarina, puso á disposición del Gobierno para el armamento fluvial, las llaves de sus depósitos de artículos navales, de comestibles, y tejidos de lana y de algodón.

El transporte terrestre de la Expedición ofrecía las más serias dificultades; la estación era inclemente y las lluvias, continuadas y copiosas, habían anegado y ablandado el terreno.

En esas condiciones, se necesitaban muchas y buenas cabalgaduras para que los hombres y bagajes de la Expedición reconquistadora pudieran vencer, con la prontitud requerida, la distancia en que se encuentran Montevideo y la Colonia del Sacramento.

Las caballadas del Rey como entonces se decía, eran poco numerosas, y sobre todo, estaban extenuadas; y los particulares que conservaban las suyas, como nunca lo hace el Estado, se encargaron de suplirlo en esto, como en todo lo demás, proporcionando patrióticamente y con abundancia los caballos, los bueyes y las carretas para el transporte de las tropas, y las reses que fueran necesarias para la alimentación de los expedicionarios.

Sobre este particular nos limitaremos á transcribir algunos párrafos del informe de don Bernardo Suárez, digno progenitor de nuestro inmortal don Joaquín Suárez, Comandante, entonces, de la Milicia de Caballería de Extraneros.

“ Testigo ocular soy, dice, por la Comisión que este Gobierno se dignó poner á mi cuidado, no sólo del mando y dirección de las caballadas del Rey, sino también de los particulares y demás auxilios con que el vecindario de estos campos concurría á ponerlos á mi disposición para que obrasen á beneficio de la causa común. Los hacendados don Francisco García de Zúñiga, doña María Antonia Achucarro, doña Margarita de Viana, don Mateo Gallego, don Joaquín de Chopitea, don Juan Balbín G. de Vallejo, don Juan José Durán, don Juan Ignacio Martínez, don Martín José Artigas, don Francisco Sierra, don Felipe Pérez y demás principales propietarios cuya enumeración sería prolija, pusieron á mi disposición las caballadas de sus haciendas no sólo para las marchas y tránsitos que fuesen precisos desde esta ciudad á la Colonia y desde aquel punto á éste, sino también para que obrasen activa y pasivamente por todo el tiempo que fuese necesario su uso, *sin responsabilidad ni reintegro alguno.*”

“ Si los hacendados se distinguieron así en el desempeño de sus obligaciones personales como en la franqueza y generosidad con que pusieron de manifiesto todos los auxilios que sus facultades les permitían ofrecer á la patria, no lo hicieron menos los Labradores llenos de un entusiasmo que parecía extraño y muy ajeno á sus principios y laboriosas ocupaciones.”

Después de hacer resaltar la buena voluntad con que los labradores hicieron la concentración de sus caballos en los puntos que se le designaron, y la espontaneidad con que abandonaron los arados para tomar las armas, agrega el señor Suárez:

“ Cuando el ramo de Hacendados y Labradores se distinguían con una envidiable emulación, no lo hacían menos los faeneros de carnes, así los hacendados como no hacendados; y en esta clase es muy constante al Muy Ilustre Cabildo el distinguido mérito contraído por los vecinos don Juan José Seco y don Ignacio Muxica: el primero abandonando sus crecidas y numerosas haciendas al acaso y á la Providencia, extrajo de ellas como mil seiscientos caballos, que eran el móvil primario de su conservación, y el segundo franqueó las carnes que fueren precisas, etc.”

Las subcripciones de donativos y préstamos patrióticos de dinero, de que dejamos hechas reiteradas menciones, fueron promovidas espontáneamente por el señor don Miguel Antonio Vilardebó, á quien acompañaron, desde luego, don Manuel Diago, don Faustino García y don Francisco Antonio Maciel, fundador del Hospital, que murió después, con las armas en la mano, defendiendo á la ciudad que había honrado con su caridad.

Los préstamos no gozaban interés alguno, y el reembolso, que no tenía término prefijo, se realizaría cuando las circunstancias lo permitieran.

Esos donativos y préstamos tenían por fin expreso darle al Gobierno los medios pecuniarios, que absolutamente le faltaban, para emprender la reconquista de la Capital de Buenos Aires, caída en poder de un Ejército Inglés,

y poner en estado de defensa, contra ese ejército, á la plaza de Montevideo.

Y como esos medios pecuniarios, suministrados por la población de Montevideo, hicieron posible la expedición reconquistadora, consideramos conveniente comprobar el hecho que dejamos establecido, con la siguiente declaración oficial.

Don Ventura Gómez, Comisario de Guerra, Oficial Real y Ministro de Real Hacienda en la mencionada Plaza, certifica que en el Libro Manual de la Real Caja “constan sentadas las partidas de dinero que por vía de Donativos gratuitos y Préstamos Patrióticos han enterado, estimulados de su patriotismo y vasallaje, los individuos de este comercio y vecindario que abajo se expresarán, *con el fin de subvenir con ellas á la Reconquista de la Capital de Buenos Aires* y atender al mismo tiempo al aumento de tropas y demás ejecutivos aprontes que fué preciso hacer para mantener esta referida Plaza en defensa contra los proyectos que pudiesen meditar los enemigos, *en circunstancias de hallarse apoderados de dicha Capital y no tener el Rey en esta Real Caja, fondos con qué poder concurrir á un objeto de tanta recomendación y preferencia.*”

El monto total de las cantidades suscritas por el comercio y vecindario de Montevideo, según el documento fehaciente de que hemos tomado la declaración que precede, fué el siguiente:

Donativos gratuitos	\$ 160,676
Préstamos patrióticos	“ 91,762
Total	\$ 252,438

Además, don Mateo Magariños promovió una subscripción “para premiar, decía, la primera tropa que avance al enemigo con vigor, ó lo ponga en desorden, advirtiéndose para perfecta claridad, que si el ataque es por mar será el premio para la gente que primeramente se choque con intrepidez, entrando todos los que sean de la tripulación del buque que lo verifique.”

Esta subscripción produjo la cantidad de \$ 10414 — 3 1/4.

Los que poseían algún dinero en Montevideo, tienen sus nombres registrados en las listas de esas subscripciones, cuyo monto, para aquellos tiempos (1) y para una población tan reducida, era muy cuantioso.

En la Colonia del Sacramento se incorporaron á la expedición ciento veinte milicianos de caballería á las órdenes de don Benito Chain; y el equipo

(1) En aquellos tiempos, decimos, porque en ellos se consideraban grandes fortunas las que en los nuestros apenas tendríamos por medianas.

de esta tropa también fué costeadado por una subscripción vecinal que encabezó la señora doña Francisca Huet, esposa del Comandante Militar del Puerto don Ramón del Pino, y á la que concurrieron el Comandante de los Resguardos don León de Altolaguirre y varios Jefes expedicionarios.

Con este complemento, no quedaba en esa expedición un solo soldado que, de algún modo, no hubiera sido costeadado ó auxiliado por los vecinos de Montevideo ó de su campaña, puesto que aun los veteranos, cuyas bajas se repusieron en esa ciudad, recibieron de ella aumento de pret, equipos y medios de transporte.

VIII

Los vecinos de Montevideo que después de haber contribuido á todas las erogaciones patrióticas con que se aprestó la expedición, alcanzaron el honor, por todos solicitado, de marchar como soldados á rescatar á Buenos Aires, se mostraron dignos de la ciudad que representaron en la decisiva jornada de la reconquista.

Los Miñones ó Migueletes de Montevideo, dispersos en tiradores y engrosados por los vecinos de Buenos Aires, que se les incorporaban, en la mañana del 12 de Agosto obligaron á los ingleses á concentrarse sobre la entonces llamada Plaza Mayor (y después de la Victoria), cuyas entradas estaban defendidas con artillería, y anticiparon la hora de la victoria, precipitando el ataque general de las posiciones enemigas. (1)

Los voluntarios de infantería de Montevideo, fueron divididos en dos de las columnas que debían desalojar á los enemigos de las posiciones que ocupaban en las azoteas de las avenidas de la plaza, que cerraban con su artillería. En la una, venía la Compañía de Granaderos al mando de su Capitán don Joaquín de Chopitea, con los marinos del bravo Mr. Hipólito Mordall; y en la otra, á cuyo frente entró por la calle del Cabildo el segundo Jefe de la Expedición don Juan Gutiérrez de la Concha con los marinos del apostadero, la primera Compañía al mando de su Capitán don Juan Balbín González Vallejo, y los milicianos de Caballería de la Colonia al de don Benito Chain.

Después de dos horas del más encarnizado combate, al que habían dado carácter popular los patriotas de Buenos Aires, dispersados hacía poco tiempo en Pedrial, y los vecinos que, á pie y á caballo, se incorporaban á los expe-

(1) El General Liniers, en carta del 30 de Agosto de 1806, testimoniada en el expediente mencionado, declara que «Los Miñones han contribuido *extraordinariamente* al éxito de la reconquista.»

dicionarios, los ingleses, desalojados de las azoteas y acometidos en las entradas de la Plaza, se concentraban sobre el edificio de la Recoba, desde donde hacían nutrido fuego, bajo la inmediata dirección del General Beresford, que con sus Ayudantes se encontraba en el centro del arco grande.

La columna de Concha, forzando la entrada de la Plaza, acababa de flamear su bandera en el portal del Cabildo, frente de la Recoba que ocupaban los ingleses, cuando don Benito Chain ofreció dar una carga para desalojarlos de esa posición, si era apoyado por las fuerzas de infantería, y aceptado su ofrecimiento, se lanzó audazmente, sable en mano, derecho al arco grande, y con él se lanzaron todos, las tropas y los vecinos, como un torrente que se desborda.

Chain, cuya espada fué partida por una bala, llegó casi á tocar con su empuñadura el arco donde estaba el General Beresford, dolorido por la muerte de su Ayudante y Secretario querido Williams Kennet que acababa de caer á su lado, y aturdido, sin duda, por aquel desbordamiento que los artilleros ingleses del fuerte no podían contener sin hacer fuego sobre sus propios compañeros, sobre su propio General.

Beresford, General ya entonces, bien reputado por sus servicios en el Mediterráneo y en el Egipto, donde había tenido el mando de Alejandría, ilustre después en la gran guerra Europea, se sintió vencido, como en otro escrito lo hemos dicho, (1) debajo del arco de la Recoba,—consagrado en aquel día, por la primera victoria de las poblaciones del Río de la Plata; y, terciando su espada sobre el brazo izquierdo, dió la señal de la retirada y la efectuó rodeado y acosado por el entusiasmo y por la ira popular (2) que, después de haber derrotado su pericia y enmudecido sus cañones, quebrantó moralmente su ánimo y lo obligó á rendirse á discreción, incontinentemente, dentro del Fuerte, levantado el puente levadizo, pudiendo disponer sobre los muros de treinta y cinco cañones, de cuatro morteros y de mil doscientos buenos soldados, entre los que se contaban los del famoso Regimiento 71, y teniendo á su espalda las naves y los cañones del Comodoro Pophan.

En esta victoria que, dentro de sus proporciones, será contada entre las más gloriosas y más fecundas del Río de la Plata, se distinguieron singularmente los vecinos armados de la ciudad iniciadora de la reconquista.

Cúpoles á los Miñones ó Migueletes de Montevideo, la iniciativa de la gloriosa jornada, á los milicianos de la Colonia, la carga valerosa que precipitó su desenlace,—y á los ya nombrados capellanes de la Expedición,

(1) Dictamen sobre la conservación de la Pirámide de Mayo.

(2) Literalmente acosado. Los hombres de todas clases se precipitaban sobre los ingleses, y fué en esta ocasión que don Juan Martín Pueyrredón, atropellando con su caballo, se apoderó de uno de los guiones del famoso Regimiento 71, que se encuentra como trofeo en la Catedral de Buenos Aires.

hijos de Montevideo, don Dámaso A. Larrañaga, — que fué el primer sabio del Río de la Plata, y don Rafael Zufriategui, la aureola de los que, compartiendo las fatigas y los peligros de los soldados, ejemplarizan la abnegación y la caridad cristiana, auxiliando á los moribundos y atendiendo á los heridos en el mismo campo del combate.

IX

La inmediata reconquista de Buenos Aires, considerada como medida defensiva contra el peligro que amenazaba las posesiones españolas en el Río de la Plata, fué completamente eficaz.

El primer cuerpo del Ejército Inglés destinado á complementar y consolidar la conquista del Río de la Plata, compuesto de dos regimientos de Dragones y de seis de infantería y artillería á las órdenes del Brigadier General Sir Samuel Auchmuty, convoyado por una fuerte División naval con la insignia del Contraalmirante C. Sterling, se hizo á la mar el 10 de Octubre de 1806; — y el segundo cuerpo, á las órdenes del Teniente General Whitelocke, nombrado Gobernador y Comandante en Jefe de las fuerzas de S. M. B. en la América del Sur, dejó el puerto de Porstmonth, pocos meses después, con un convoy de más de cuarenta buques, viniendo el Almirante Murray, en el navío *Polifeme* de setenta y cuatro cañones.

Cuando el General Auchmuty arribó al Río de la Plata, — Enero de 1807, — encontró absolutamente mudada la situación con que contaba al salir de Inglaterra.

El Ejército del General Beresford había desaparecido.

En el sitio que él ocupaba, estaba el pueblo de Buenos Aires, que, dueño de sí mismo y resuelto á defenderse, había improvisado un ejército, relativamente respetable, pero más poderoso por su espíritu que por su número.

En el mismo día, 10 de Octubre, en que el General Auchmuty se alejaba de las costas Inglesas, el Ejército de Buenos Aires revistaba ocho mil quinientos ochenta y cuatro hombres, con un tren volante de noventa y cuatro piezas, teniendo montados en el Fuerte y en las nuevas baterías de la Recoleta, del Retiro, del Muelle y de la Residencia, cincuenta cañones.

Montevideo, aunque contrariado y perjudicado por el entremetimiento y la ineptitud pretenciosa del Virrey Marquez de Sobremonte, que se había trasladado á aquella Plaza, estaba, en cuanto al personal, que continuó adiestrándose en el manejo de las armas, en mejores condiciones defensivas que las que tenía en Junio de 1806.

Pero la base de la defensa de las dos ciudades consistía en el espíritu y

la decisión de sus respectivos vecindarios; y bajo este aspecto, la posición de Montevideo era menos favorable que la de Buenos Aires.

Montevideo era una plaza fuerte, y precisamente por serlo, la acción popular, estrechada dentro de las murallas, no tenía espacio ni aplicación. La defensa debía ser rigurosamente militar, ajustada á todas las reglas del arte; y, además, siendo escasa la población, el número de hombres que ella podía dar apenas bastaba para el servicio y la defensa de las fortificaciones de la parte de tierra y de las baterías de la costa del río.

Colocado Montevideo entre un ejército de buenas tropas, dotado de artillería de sitio, que no pudiera alejar de sus murallas, y que, por consecuencia, estableciera sólidamente su línea de ataque, adelantando sus paralelas, y una Escuadra, con artillería de alcance, que la cañonease por la espalda y por el flanco derecho de sus fortificaciones de la parte de tierra, esa ciudad sólo podía aspirar al honor de una esforzada resistencia; honor que obtuvo, y que le fué discernido por el mismo Ejército Inglés que penetró en su recinto, al venir el día 3 de Febrero de 1807, por la brecha; — tan ensangrentada! — que, después de una lucha mortífera y tenaz, habían abierto sus cañones, bizarra y científicamente dirigidos. (1)

Vencidas las fortificaciones, vencido estaba todo: los vencedores entraban á las calles mezclados con los vencidos, y persiguiéndolos; y á haber sido posible, (que no lo era) prolongar la resistencia desde las azoteas, éstas habrían sido barridas por los fuegos convergentes de la parte de tierra y de la del río.

Buenos Aires tenía la posición inversa. Era una ciudad extensa, abierta, que contaba más de cuarenta mil habitantes, y en la cual la acción popular no estaba circunserita ni dificultada de ningún modo.

Esta ciudad no podía ser dominada como Montevideo, ni en el todo ni en gran parte de su extensión, por las alturas (el Fuerte, las torres, las azoteas) que pudiera ocupar el agresor; y los cañones de las naves no tenían alcance ni posición que les permitiera cooperar á la agresión ni concurrir á la defensa de las columnas que se internasen en la población.

Para llegar á sus respectivos destinos, las columnas de ataque debían hacer el tránsito por calles estrechas, encerradas entre los muros de las casas

(1) En su parte oficial, el General Anshmuty dice que la resistencia de Montevideo fué la más determinada.

Los señores Robertson, que desembarcaron al día siguiente del asalto, se expresan así — ¡ « Qué triste espectáculo de desolación y de miseria el que se nos presentaba á cada paso ! La matanza había sido terrible, proporcionada á la bravura que desplegaron los Españoles y á la gallardía é irresistible firmeza con que los Ingleses arrollaron sus masas y apagaron los fuegos de sus baterías.

« Por todas partes se veían pilas de heridos, de muertos y de moribundos y por todas las calles en contrámbamos literas que conducían á los pacientes á los hospitales y á las Iglesias. »

desde cuyas aberturas y azoteas ó tejados podían tener acción agresiva todos los habitantes, las mujeres como los hombres, los niños como los ancianos.

En este tránsito, las columnas se exponían á hacer diezmadas ó deshechas por el vecindario; y si alguna ó algunas, aunque dañadas y fatigadas alcanzaban la desembocadura de la vía peligrosa que habían recorrido, y la encontraban zanjeada, artillada, cerrada por fuerza enemiga, el rechazo ó la descomposición de la cabeza podía ocasionar el desastre de toda la columna.

Tan poderosa podía ser, y fué, la acción del vecindario que desde sus habitaciones ó en las calles cooperó á la defensa de Buenos Aires.

El Ejército de Whitelocke había desembarcado en 28 de Junio de 1807 en las cercanías de la Ensenada, y las tropas organizadas en Buenos Aires fueron llevadas por el General Liniers á ofrecerle batalla campal, quedando derrotadas en el combate del Miserere el día 2 de Julio.

Pero en la misma noche de ese día — *la noche triste*, — se organizó, impulsada por la enérgica voluntad del Alcalde de 1.^{er} voto don Martín de Álzaga, la defensa de la ciudad, cuyo centro era la Plaza Mayor, sirviéndole de base el Fuerte y de punto más avanzado al Norte, el reduto del Retiro.

Se artillaron las entradas de la Plaza, adelantándose, algunas cuerdas por las calles que á ella conducían, la línea de defensa, que se zanjeaba y atrinchera hasta con tercios de yerba-mate, encerrando dentro de ella una gran masa de edificios, cuyas azoteas eran ocupadas por las tropas que había llevado Liniers y por el vecindario, hombres y mujeres, que se preparaban á hacer de sus utensilios y hasta del agua hirviendo, medio de agresión y de defensa.

Por esas calles, que alguno de los ingleses que las transitaban el 5 de Julio llamó *los senderos de la muerte*, penetraron en ese día las columnas de Whitelocke; y este General consigna el parte oficial de su desastre, lo que en ellas encontró:

“Metrala en las esquinas de todas las calles, dice Whitelocke, fusilería, granadas de mano, ladrillos y piedras tiradas desde los tejados de las casas; cada propietario con sus negros defendiendo su habitación, cada una de las cuales era una fortaleza... y quizás no será ponderación decir que no había en Buenos Aires un hombre que no estuviera empleado en su defensa.”

Esta defensa que tiene, entre sus muchos méritos, el de haber sido esencialmente popular, obtuvo, como primer resultado, la evacuación de todo el Río de la Plata por el ejército inglés, y consolidó con ese hecho glorioso, el imperio de nuestra raza en estos países.

Pero ese resultado, honra y prez del gran pueblo de Buenos Aires, se relaciona, íntimamente, con el carácter y la oportunidad de la Reconquista.

Ésta fué tan rápida, que cuando llegó á Inglaterra la noticia de la con-

quista de Buenos Aires, ya esta ciudad, cuya ocupación por los Ingleses no duró más que cuarenta y cinco días, estaba preparándose para una defensa enérgica, si, como era de esperar, volvía á ser acometida.

Ya indicamos, que el 10 de Octubre de 1806 el ejército popular levantado en Buenos Aires estaba organizado y aprestado para la defensa; y desde ese día, hasta el 28 de Junio de 1807 en que desembarcó en sus cercanías el ejército del General Whitelocke, tiempo tuvo para consolidar su organización y complementar su material defensivo.

Si al arribar al Río de la Plata el General Anchemuty en Enero de 1807 hubiera encontrado al General Beresford en posesión de Buenos Aires, apoderados de las puertas y de las ciudades de las dos márgenes del Río de la Plata, los ingleses habrían podido, en breve tiempo, depositar en ellas elementos que le dieran á su conquista una base sólida, cuando menos difícil de conmover, máxime desde que, dueños de los mares, podrían dominar todo nuestro litoral fluvial, no dejándonos abiertas más que las vías terrestres, lejanas y difíciles, del Virreinato del Perú, para la provisión de los artículos bélicos, que faltaban y que requería el género de guerra que entonces habría sobrevenido; porque nada podíamos esperar de las limitrofes poblaciones Portuguesas que nos eran tradicionalmente adversas y cuyo Gobierno estaba sometido á la influencia dominante del de Inglaterra.

Sin la oportunidad y los resultados de la Reconquista de 1806 y sin la maravilla de la Defensa de 1807, quizás los destinos de estos países se habrían cambiado fundamentalmente.

En la apasionada controversia que se suscitó sobre el mejor derecho á los trofeos de la Reconquista, se dijo en 1807 que “si no hubiera tenido lugar la expedición de Montevideo, Buenos Aires se habría reconquistado por sí mismo”; — y nosotros no sólo admitimos la posibilidad, sino la probabilidad de que así hubiera sucedido.

Pero no sucedió; y, lo que es más, los beneméritos patriotas de Buenos Aires que conspiraban hasta con audacia, para expulsar á los ingleses, solicitaron é instaron la expedición de Montevideo; y fué esta expedición, á la que ellos se incorporaron en las afueras ó en las calles de esa Capital, para combatir á los ingleses, la que produjo la reconquista.

Tan imposible sería desconocer que la expedición de Montevideo produjo la reconquista de Buenos Aires el día 12 de Agosto de 1806, como sería el negar que la Defensa de Buenos Aires rescató á Montevideo el 5 de Julio de 1807.

X

A cada uno lo suyo; —y desde que la Reconquista fué producida por la Expedición de Montevideo, cuyas son las consecuencias que de ese hecho resultaron.

Ya hemos visto cómo la oportunidad de la reconquista le dió á Buenos Aires el tiempo necesario para preparar, organizar y consolidar los elementos de su ulterior y gloriosa defensa.

Veamos ahora cómo el movimiento de opinión que promovió y preparó en Montevideo la expedición reconquistadora, se reproduce en Buenos Aires con el mismo carácter, con la misma virilidad, con el mismo espíritu, con los mismos medios y las mismas formas, para promover y preparar la defensa.

Desde luego, son los elementos populares, antes anulados por el régimen colonial, los que predominan y le dan al Cabildo, que era su representante legal, voz, voto y acción política.

El Cabildo de Montevideo, considerando acéfala la autoridad suprema del Virreinato por el cobarde alejamiento del Virrey, y la suspensión de la Real audiencia, se creyó autorizado para investir al Gobernador de aquella Ciudad con el carácter de Jefe Supremo del Continente, dándole plenitud de facultades para proveer á la defensa común, y la opinión de Buenos Aires, compartida enérgicamente por su Cabildo, cuarenta y ocho horas después de la reconquista, resuelve hacer idéntica provisión con el mismo fin; y el Cabildo le comunica al Virrey, que estaba en viaje para la Capital con las fuerzas que había reunido, en oficio de 14 de Agosto de 1806, —que “en Junta general, celebrada en aquel día, compuesta de los principales vecinos, Illmo. señor Obispo, Tribunales y Prelados, regulares y seculares, para *tratar en ella de su conservación y defensa sucesiva*, se había acordado, entre otras cosas, *á solicitud de todo el pueblo en pública aclamación*, que para el efecto se reconociese hasta la resolución de S. M. por Gobernador político y militar de la plaza al señor Liniers, su reconquistador.”

Más adelante, el Virrey fué depuesto y preso, ocupándosele sus papeles, también por petición popular.

En Montevideo, la idea de la Reconquista produjo, como primera consecuencia, el armamento cívico del vecindario, alistándose de todas las clases en las milicias populares y despertándose en ellas el espíritu militar; —y en Buenos Aires “*uno de los efectos inmediatos de la Reconquista*, dice un historiador argentino, fué el espíritu guerrero que despertó en todas las clases; pero en un sentido diametralmente opuesto á las reglas disciplinarias

de la milicia, ese espíritu refluía sobre el orden político. Era el producto de las fuerzas sociales llamadas á la acción, que se condensaban, armaban y disciplinaban animadas de un espíritu cívico que improvisaba por instinto y bajo los auspicios de la victoria, una milicia popular que llevaba en germen la institución democrática de la guardia nacional en los pueblos libres." (1)

La organización que recibieron las fuerzas populares de Buenos Aires, es trasunto fiel, sin la menor discrepancia, de la que se habían dado las fuerzas populares de Montevideo.

Liniers invitó al vecindario á que se alistase "reuniéndose en cuerpos separados, y por *Provincias*"; y así tuvo Buenos Aires, como tenía Montevideo, Miñones ó Migueletes, tercios de naturales (denominándose los de Buenos Aires, *Patricios*), de Andaluces, de Castellanos, Gallegos, etc.

Por estas clasificaciones, que en Buenos Aires podían hacerse con más precisión y sin inconveniente para la fuerza numérica de los cuerpos, por el crecido número de individuos de cada Provincia, se separaban los americanos de los europeos, constituyéndose, y militarmente, en agrupaciones distintas; y este hecho se realizaba cuando se desvanecía el prestigio secular y se quebrantaba la autoridad del Supremo Poder Metropolitano, cuando la acción de ese poder se mostraba inepta é impotente para la defensa común, y era sustituida por la acción popular que adquiría, de hecho, la conciencia de su propia eficiencia y la noción práctica del derecho natural con que las colectividades, como los individuos, pueden proveer á su propia conservación.

Estos actos, consecuencias inmediatas de la reconquista, comprometían, fundamentalmente, la conservación de la base en que reposaba el régimen Colonial.

Dentro de ese régimen, el Virrey era el representante vivo de la soberanía, personificada en el Rey por derecho divino; y el acto que le cerraba al Virrey las puertas de la Capital, nombrando, por voluntad y por aclamación popular, un Gobernador político y militar que en ella lo sustituyera, era un acto subversivo, porque, como lo dijo correctamente, con ese motivo, el Marqués de Sobremonte, — "ninguna otra autoridad que la del Rey podía dividir ó disminuir el mando que del Soberano había recibido como Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata y ciudad de Buenos Aires; siendo esa misma autoridad Real la única que podía juzgar sobre el desacierto de sus disposiciones.

"Estos acertos, agregaba el Marqués, son tan evidentes que no se citará un ejemplar en contrario; ni es posible hacer uso de la voz común contra

(1) General Mitre. — Historia de Belgrano.

los derechos del Soberano, que están todos representados en la persona de su Virrey, por más que se cohonesten en cualesquiera causales ó motivos.” (1)

La doctrina era hasta ortodoxa para el absolutismo monárquico, entonces imperante; y ella exigía la represión inmediata y radical del acto popular cuya impunidad la derogaría, al menos de hecho, en el Río de la Plata.

Sin embargo, esa represión, sobre todo en aquellas circunstancias, tenía serias dificultades; y el Monarca, no aventurándose á arrostrarlas, contemporizó con el hecho, hasta el extremo de autorizar la destitución y la prisión del Virrey, confiéndole al General Liniers, que era el primer Gobernador electo por el pueblo de Buenos Aires, la alta investidura del mando supremo, de que ese mismo pueblo había despojado al Marqués de Sobremonte.

En esta forma, los actos en que el pueblo había deliberado y sustituido al Virrey, representante del Soberano, por un Gobernador de elección popular, tuvieron la autoridad del éxito.

Este éxito, que patentizaba la debilidad del lejano poder de la Metrópoli, entregaba la Gobernación, y por consiguiente los destinos de estas colonias, á la opinión ó á la fuerza que dentro de ellas preponderase.

Las luchas locales que provocaba novedad tan fundamental, iban á establecerse, inevitablemente, entre los españoles europeos y los americanos, por las rivalidades y los antagonismos económicos que entre ellos había producido el régimen colonial.—Y el alistamiento cívico que permitió que los unos como los otros se organizaran por separado, y en igualdad de condiciones, en cuerpos militares, que llevarían sus denominaciones, les dió, inconscientemente por cierto, á cada una de las dos fracciones, una base de fuerza disciplinada con qué sostener su respectiva pretensión: los europeos, la de conservar la supremacía política y los monopolios comerciales que les daba el régimen colonial;—los americanos, la de reivindicar y adquirir todo lo que ese régimen y sus monopolios les quitaban social, política y económicamente.

Estas fuerzas aparecieron desde luego equilibradas, porque los cuerpos de naturales compusieron por su número casi la mitad del ejército organizado en 1807; y ese equilibrio que les daba á los americanos una personalidad y una acción suya bien caracterizada, de que hasta entonces habían estado privados, permitió que el pueblo entero se ocupase de los asuntos generales y de las novedades políticas, despertándose en todas las esferas sociales, el interés, las preocupaciones y las emociones de la vida pública.

Los horizontes de la nueva vida fueron ensanchando sucesivamente por los grandes acontecimientos que tenían lugar en España, y que poniendo en

(1) Contestación del Virrey Marqués de Sobremonte á la nota en que el Cabildo le comunicó el nombramiento del Gobernador Liniers, datado en el campamento de las Ponzuelas el 19 de Agosto de 1806.

peligro su propia independencia, heroicamente defendida por su pueblo, absorbían toda su atención y sus fuerzas, anulando, cada día más, su acción ultramarina, y dejando, por consiguiente, á estos países, cada día más libremente entregados á los destinos que ellos mismos se preparasen.

No nos cabe historiar en este ligero estudio, que tiene un fin muy especial, los accidentes de la lucha de influencia empeñada entre los americanos y los españoles europeos, con los objetivos que hemos señalado, y cuyos resultados dependían de la preponderancia que una de las fuerzas militares en que respectivamente se apoyaban, favorecida por los sucesos ó por la opinión, pudiera adquirir sobre la otra.

Los españoles, quizá porque el tiempo corria contra ellos, precipitaron el desenlace el 1.º de Enero de 1809, resolviendo sustituir al Virrey por una Junta de Gobierno, á semejanza de la que se habia instalado en Montevideo en 1808, electa en Cabildo abierto, con asistencia del Obispo y de las principales autoridades de la Colonia; y ya el Virrey don Santiago Liniers habia firmado la renuncia, que le habia sido exigida en nombre del pueblo y de la tropa, cuando el ilustre Jefe de los Patricios, don Cornelio Saavedra, al frente de los cuerpos de naturales, que traian encendidas las mechas de sus cañones, é incorporándose el tercío de Andaluces, compuesto en mucha parte de hijos del país, penetró en la Plaza Mayor y desplegó sus fuerzas dando el frente á los tres cuerpos de españoles que formaban debajo de las balaustradas de la galería alta del Cabildo. Colocadas así sus fuerzas, Saavedra se dirigió al fuerte, y penetrando al Salón donde se encontraba el ya decaído Virrey, el Obispo, y los principales conjurados, contestó, severamente, al Obispo, que cohonestaba la violencia, concluyendo por reanimar al Virrey, al que dió el brazo para que se presentara al pueblo, cuya voluntad se invocaba, y á la que él, como todos, debían someterse. Ya en la plaza, el Virrey, que habia sido recibido entre las aclamaciones del pueblo y de las tropas americanas, ordenó que los cuerpos europeos depusieran las armas; y ante esta intimación y el amago de los Patricios, los españoles se dispersaron arrojando sus fusiles. (1)

Desde este día, la preponderancia de los Patricios quedó establecida; y estos Patricios fueron la base inmovible de la revolución emancipadora que se consumó definitivamente el 25 de Mayo de 1810.

La deposición del último Virrey, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, tuvo lugar en el mismo Salón y en la misma forma en que la Reconquista habia cerrado las puertas de la Capital al Virrey, Marqués de Sobremonte; — en Cabildo abierto, por deliberación popular y con el apoyo de las fuerzas cívicas.

(1) Seguimos en esta parte al General Mitre en su Historia de Belgrano, donde se encuentran prolijamente narrados los sucesos de este gran día.

Y la elección de la primera Junta de Gobierno de las Provincias del Río de la Plata, se verificó, como la del primer Gobernador popular de Buenos Aires don Santiago Liniers, por aclamación del pueblo que invadía las galerías del Cabildo y golpeaba las puertas de la Sala de acuerdos.

Esta es la filiación histórica de la Revolución del Río de la Plata.

Su día inicial, es aquel en que el pueblo conquistó los trofeos de la Reconquista del 12 de Agosto de 1806, adjudicados á la Ciudad de Montevideo é incorporados á su Escudo de Armas por la Real Cédula de 24 de Abril de 1807.

XI

El Escudo de Armas de 1807, fué sustituido por el de la *Provincia Oriental*.

No hemos visto ni tenemos noticia de documento alguno, sobre la creación de este Escudo, aunque es probable que exista en Montevideo.

Pero la composición nos es conocida por una pintura á la aguada, antigua, de que hemos hecho tomar una copia, y por encontrarlo impreso, en tinta azul celeste, en la carátula de un folleto publicado en Montevideo en 1816, que contiene la descripción de las fiestas Mayas de ese año y la magistral Oración con que inauguró la Biblioteca Pública don Dámaso A. Larrañaga.

Su descripción, con arreglo á la pintura de que poseemos copia, es la siguiente:

“Está dividido en dos cuarteles. En el primer cuartel, sobre fondo de aguas, el sol nascente: en el segundo, sobre fondo de plata, una mano con la balanza de la justicia.

“En el contorno, la leyenda “Con libertad ni temo ni ofendo”.

“En los flancos, dos hachas, dos banderolas y dos banderas tricolores de la Provincia.

“La parte alta del Escudo, surmontada con un plumaje indígena, debajo del cual, y sobre cinta azul, se lee la inscripción *Provincia Oriental*.

“Al pie del Escudo, trofeos militares.”

Que este escudo, aunque Provincial, era también el que usaba el Cabildo de Montevideo, es un hecho de que hemos encontrado referencias en varios impresos de la época; — y á nuestra Capital debe serle grato haberlo poseído y usado como suyo, porque él ha representado la autonomía de la Provincia Oriental; y á él están vinculados los recuerdos de la resistencia armada á la conquista portuguesa; de la reivindicación de nuestro derecho soberano, emprendida por los Treinta y Tres Orientales que inmortalizaron

sus nombres é hicieron flamear en nuestra tierra las banderas tricolores, el 19 de Abril de 1825;—y de la declaratoria de nuestra Independencia promulgada en la Florida el 25 de Agosto del mismo año, á la sombra de esas banderas, laureadas de nuevo por la victoria, en el Rincón de Haedo y en el Sarandi.

Constituida la Provincia Oriental en Nación Soberana é independiente, los símbolos Provinciales fueron sustituidos, á su vez, por el Escudo de Armas y el Pabellón Nacional.

XII

En presencia de los hechos que acabamos de consignar, y de los cuales resulta — que el escudo de armas de 1807 — fué puesto en desuso por nuestros Patricios, sustituyéndolo con el de la Provincia Oriental; que este Escudo de la Provincia ha sido reemplazado por el de la Nación; y que á ninguna Ciudad le es permitido considerar ni usar como peculiarmente suyo el Escudo Nacional, juzgamos que, para allanar las dificultades que ofrezcan esos hechos, conciliando la abolición histórica y legal de los símbolos Monárquicos (que, probablemente ocasionó el desuso del Escudo de 1807), con el derecho que tiene la Ciudad de Montevideo para conservar y usar todas las distinciones que se le han otorgado por sus méritos y servicios, el medio más idóneo sería la composición de un nuevo Escudo de Armas que las sintetizase.

Si este medio fuese aceptado, la composición del nuevo Escudo podría ser la siguiente:

“El *Cerro* tal como lo presentan las medallas del Cabildo, que nos han conservado el primer Escudo de Montevideo.

“Sobre el *Cerro*, la *Corona de Olivo*, atravesada por una *Corona Mural* (en sustitución de la *Corona Real*), *palma y espada*; — (distinciones concedidas por la Reconquista de 1806).

“Contorneando al Escudo, la leyenda del de la Provincia Oriental, — “*Con libertad ni temo ni ofendo*”.

“En los flancos, las dos banderolas tricolores del Escudo de la Provincia; á las que podrían agregarse, si los Poderes públicos lo estimasen justo, dos banderas nacionales, símbolos de la independencia de la República esforzadamente defendida por la Ciudad de Montevideo.”

En cuanto á los Escudos de Armas de 1807 y de la Provincia Oriental, deben ser conservados como monumentos históricos, en el Salón de la Junta E. Administrativa y en el Museo Público.

Andrés Lamas.

Montevideo, Diciembre 26 de 1887.

Señor Presidente de la Junta E. Administrativa de la Capital, doctor don Julio Rodríguez.

Tenemos el honor de adjuntar, con sus antecedentes, el informe que se nos encomendó sobre el estudio del señor doctor don Andrés Lamas, que trata del Escudo de Armas para la ciudad de Montevideo.

Dando por terminado nuestro cometido, en la forma en que nos ha sido posible desempeñarlo, aprovechamos esta oportunidad para saludar á usted con todo aprecio.

*Blas Vidal — Pedro Mascaró — Pablo Nin y
González.*

JUNTA E. ADMINISTRATIVA.

Montevideo, Diciembre 29 de 1887.

Agradézcase á la Comisión informante en los términos convenidos, el buen desempeño de la tarea que se confió á su patriotismo, inteligencia y asiduidad, declarándose que la Junta aprueba complacida en todas sus partes la luminosa exposición que se ha redactado al efecto, y con la nota acordada elévense estos trabajos á la consideración del Superior Gobierno, recomendándole muy especialmente se sirva prestar á este asunto preferente atención.

Vilaza,
Presidente.
Ramón Benzano,
Secretario.

JUNTA E. ADMINISTRATIVA.

Montevideo, Diciembre 30 de 1887.

Excmo. señor Ministro de Gobierno, doctor don Julio Herrera y Obes:

Un pensamiento que desde largo tiempo se venía acariciando, levantado y ajeno por completo á las sugerencias estrechas del egoísmo personal, está próximo á convertirse en forma concreta y definitiva, adoptándose á la aplicación de los usos que son comunes y regulares en el concierto de las sociedades civiles.

La Corporación Municipal se refiere al Escudo de Armas de la ciudad de Montevideo.

Las conmociones políticas desviaron de tal modo de su eje la progresión armónica de las cosas, su estabilidad y su justa colocación, que hasta las insignias de que se glorifican los pueblos, corrieron el albur de los destinos superiores en el desquicio perpetuamente renovado de los últimos tiempos.

La organización de la colectividad sufrió también espasmos, al suplantarse el sistema entonces vigente, por los acomodos apresurados de una constitucionalidad revolucionaria, cuyas nobles aspiraciones y tendencias, caldeadas en la fragua del entusiasmo patrio, quebraron en pedazos el crisol donde debía fundirse el sacrificio de nuestros heroísmos y las debelaciones de nuestros titánicos esfuerzos.

Montevideo perdió en la contienda cívica hasta los atributos de su celebrada estirpe.

Tócale, en la situación presente, reconstruir el pendón de sus glorias, tanto más preciadas y envidiables cuanto que disputadas empeñosamente, la sanción suprema, en el largo debate sustentado, vino á consolidar su justicia, á consagrar su mérito y revalidar las hazañas de sus esclarecidos hijos.

La Corporación Municipal se ha propuesto servir la honestidad de estos propósitos.

Desentrañando la documentación del pasado, de la larga noche del olvido, con relación especial á los blasones de la Capital de la República, ha creído rendir una demostración de cariño y consideración á los antecedentes honrosísimos de su valor legendario.

En esa noble tarea, cábele el primer puesto al distinguido historiador nacional doctor don Andrés Lamas. Requerido con apelación á sus sentimientos

de patriotismo para prestar su concurso de autoridad y de valimiento, de competencia y de saber, á una obra tan simpática, cumple declarar que las esperanzas acariciadas han sido colmadas de una manera tan laudable, que obliga la gratitud de sus compatriotas y el reconocimiento de las autoridades llamadas á intervenir con su juicio en la apreciación de su interesantísimo estudio retrospectivo.

La Junta, por lo que á ella concierne, se hace un deber en consignar su íntima complacencia y le tributa una vez más el homenaje de la sinceridad de sus aplausos, con el de su más vivo agradecimiento.

Es acreedora á iguales merecimientos y digna de encomio, la Comisión nombrada para dictaminar sobre las conclusiones sentadas como corolario de sus investigaciones antiguas, por el doctor don Andrés Lamas.

Ambos documentos tengo el honor, pues, de someterlos al ilustrado criterio de Vucelencia.

La Comisión ponente, en cumplimiento del encargo que se le confirió, presenta la laboriosa exposición que ha redactado con tal motivo, en cuyo contexto V. E. tendrá ocasión de observar la paciente contracción que ha dedicado al asunto, la prolividad en los detalles, la serie de revelaciones comprobatorias de las opiniones vertidas por el doctor Lamas y la impropia tarea de que pudo haberse dispensado, si un noble espíritu de veneración hacia el pasado, unido á la firmeza de una voluntad entregada por completo al desempeño de su misión desinteresada, no la hubiera impulsado á secundar, como obra del más celebrado patriotismo, los móviles que en el ejercicio de esta gestión determinaron respectivamente la actitud del doctor Lamas y de esta Junta.

Montevideo debe custodiar la herencia que le legaron sus antepasados como un timbre de gloria nacional.

La epopeya de sus hechos guerreros y su inquebrantable altivez, son los preludios de la emancipación y de la independencia.

Selló con su sangre el amor al suelo natal, jamás profanado sin una protesta á muerte, transmitiendo á los descendientes de sus virtudes y de sus heroísmos, el ejemplo del sacrificio y la palma del martirio en aras de los altares de la patria.

La Leyenda Uruguaya es el poema de la humanidad en el continente Sudamericano. Sus episodios, sus tradiciones serían el trasunto de la redención de un pueblo que se debate por sus destinos y que recupera, merced á sacudimientos de resistencia y de lucha, un puesto culminante en el concierto de las naciones civilizadas.

Un pueblo, cuya vida es el más elocuente testimonio de heroicidad y de cuya historia puede vanagloriarse con orgullo, ejercita un derecho que le es privativo restableciendo los blasones de su escudo de armas.

La Comisión informante, es de parecer, siguiendo el consejo apuntado por

el doctor Lamas, que antes de adoptarse el uso de las armas de Montevideo, se recabe del Cuerpo Legislativo la aquiescencia, aludiendo sin duda á la prescripción constitucional que prohíbe la admisión de honores y distinciones sin acuerdo previo de la H. Asamblea General.

La Junta, consecuente con esa indicación, eleva, pues, el resultado de estos trabajos preparatorios, por intermedio de V. E. á la más alta deliberación del Poder Legislativo.

Si las novaciones con que se altera el escudo propio de Montevideo no fueran en substancia radicales, y si los trofeos que se le incorporan no importaran evidentemente la adjudicación de menciones de mérito excepcional, podría suponerse en tal caso, quizás, como no del todo indispensable, la sanción que someramente se insinúa y á la cual la Corporación ha prestado su completo asentimiento.

En las Repúblicas de América se hallan abolidas, como entre nosotros, las concesiones de títulos nobiliarios, honores y distinciones hereditarias.

Sin embargo, por la Ordenanza Municipal de 22 de Julio de 1856, se estableció en Buenos Aires el Escudo y Sello de la Corporación local, sancionándose en esta forma:

“La Comisión de Educación cumple con el encargo que recibió de la Municipalidad, presentando ante ella el sello que ha de usar esta Corporación. La Comisión ha querido conservar la tradición, y es por esto que no ha trepidado en adoptar el mismo sello que usaba la antigua Municipalidad. — *Gabriel Fuentes—Emilio Agrelo—D. F. Sarmiento.*” “(Un escudo con dos navios anclados en mar espumoso plateado, con una paloma volante en medio, en campo celeste, que simboliza el Espíritu Santo).”

“*Nota*—El fundador de Buenos Aires, don Juan de Garay, por un auto en 1580, señaló como blasón municipal: una águila negra pintada al natural, con su corona en la cabeza, con una cruz colorada sangrienta saliendo de la mano y con cuatro hijos debajo, demostrando que los cría.”

La ciudad de Valparaíso, á pesar de los títulos que le asignan los documentos que á continuación se insertan, su Intendente **precisó**, en los términos que fija su comunicación, la descripción gráfica y heráldica del Escudo Municipal.

Su tenor literal, extraído de los *Anales de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso* y de la *Recopilación de las Disposiciones vigentes*, es el que va en seguida:

“Santiago de Chile, 9 de Agosto de 1811.—Hallándose los señores del Alto Congreso del reino en la Sala plena, y después de orientados de los fundamentos legales y documentos que acreditan la solicitud del Cabildo de la ciudad de Valparaíso, en uso de las facultades que á nombre de nuestro Soberano el señor don Fernando VII le dispensa la representación del reino, declaran á su real nombre á la ciudad y puerto los títulos de Muy noble

y Muy leal con el goce del escudo ó blasón que designa el acta de fojas y á más la licencia necesaria para los gastos ordinarios y extraordinarios que detalla la misma. Extiéndase el correspondiente título con inserción de la Real Cédula de nueve de Marzo de mil ochocientos dos, y archívese original en Secretaría. — *Cotapos* — *Doctor Zerdán* — *Agustín de Vial*, Diputado Secretario.”

“Valparaíso, Noviembre 28 de 1811.— Vista en Cabildo ordinario la superior providencia que antecede; resolvieron los señores que la componen, darle el debido obediencia en todas sus partes y que agregándose á los antecedentes que la motivan se archive en este Ilustre Ayuntamiento para su perpetua constancia. Y así lo proveyeron y firmaron dichos señores de que doy fe. — *Lastra*, etc.”

En el año 39, el Gobierno chileno, en uso de las facultades extraordinarias que ejercía, decretó que la ciudad de Valparaíso añadiera á sus títulos de *Muy noble y Muy leal*, los de *Muy benemérita y esclarecida*, como recompensa de sus generosos esfuerzos en la guerra contra el General Santa Cruz.

Posteriormente, su Municipalidad reunida en consejo, sancionó este acuerdo:

“ESCUDO MUNICIPAL. — *Proyecto de acuerdo presentado á la Ilustre Municipalidad por el señor Intendente de la Provincia y aprobado en sesión de 31 de Agosto de 1871.*

“Ilustre Municipalidad:

“He observado que la Corporación no cuenta hasta ahora con un escudo ó sello propio, empleando provisoriamente un escudo nacional para el timbre de sus documentos y demás piezas que deben llevar el sello municipal.

“A fin de remediar esta falta, y después de haber consultado á una persona competente y entendida en las reglas de la heráldica, tengo el honor de proponer á la Corporación los modelos adjuntos, que, á mi juicio, podrán llenar convenientemente este vacío.

“Como el escudo ó sello municipal puede y debe emplearse no sólo en el papel y piezas oficiales de la Municipalidad, se ha consultado en los modelos adjuntos los diversos objetos á que puede destinársele, remitiendo un conjunto que simboliza los colores nacionales y el distintivo especial que le cabe á Valparaíso como primer puerto marítimo de la República.

“Atendiendo á estas consideraciones, y tomando en cuenta las reglas más precisas de la heráldica, el escudo que tengo el honor de someter á vuestra

consideración, tendrá los colores nacionales, dividiéndolo por mitad horizontalmente. En el azul de su parte superior y en el centro, llevará una estrella blanca de cinco ángulos, y en el centro de la parte lacre inferior se delineará un vapor.

“El escudo descansará sobre un ancla, la que irá coronada de una batería naval con su respectiva arboladura á velas desplegadas, y la inscripción en la parte inferior de sus uñas “*Municipalidad de Valparaíso*”.

“La estrella y ancla llevarán color de plata y el vapor y corona naval color de oro, siguiendo las reglas de la heráldica.

“Para usar el sello en blanco, tendrá las mismas proporciones y distribución, con la diferencia de que la parte azul será representada con rayos horizontales y la parte lacre con rayos verticales; la estrella y ancla serán lisas, en blanco, representando la plata, y el vapor y corona delineados con puntos que representan el oro, conforme á las mismas reglas heráldicas.

“Debo prevenir á la Corporación, que la corona naval en estos casos, y con arreglo á las reglas de la heráldica, sólo significa importancia marítima y no el signo á que vulgarmente se atribuye.

“Atendidas estas consideraciones, propongo á la Ilustre Corporación el siguiente proyecto de acuerdo:

“Artículo 1.º Declárase escudo y sello de la Municipalidad de Valparaíso el que consta de los modelos acompañados y descripción que antecede, los que deberán quedar depositados juntos con el presente proyecto de acuerdo en el Archivo Municipal.

“Art. 2.º Se autoriza al Intendente de la Provincia para que mande ejecutar el sello antedicho, de las dimensiones que estime convenientes, invirtiendo al efecto la suma que fuere necesaria para su ejecución.—Valparaíso, Agosto 30 de 1871.—F. Echaurren.”

Como se habrá observado, la cuestión en los países republicanos de igual origen al nuestro, no ha ofrecido en su solución ni complicaciones, ni largos debates, ni menos perplejidades en cuanto á las autoridades que debían resolverlas con fuerza, por decirlo así, de ley obligatoria.

La misma simplicidad de los atributos, pudo, sobre el particular, decidir el punto sin necesidad de recurrir á la substanciación de otros trámites de un orden superior. Esto acaba de ocurrir últimamente en la ciudad de La Plata, á propósito de la creación de su escudo de armas.

De todos modos, la jurisprudencia vigente en otras partes queda de manifiesto, y si de su consulta no se desprende detalle útil, se comprueba al menos la predilección con que se contempla en otras ciudades cuanto dice relación con su antigüedad.

La consagración del tiempo, así como las concesiones soberanas, determinan el uso de los escudos en la administración comunal europea.

Probada la posesión inmemorial, aunque el emblema no se haya usado, ni

en los sellos ni en los timbres de oficio, las comunas tienen derecho á la incisión ó á gravarlo, ostentándolo al frente de sus edificios, sin acudir en demanda de una autorización previa y de un reconocimiento expresamente promulgado.

A los cuerpos morales, las provincias, los departamentos ó municipios, no les es consentido emplear, bajo ningún concepto, el escudo que pertenece originariamente á la Nación.

El doctor don Andrés Lamas adelanta esta verdad de severa organización administrativa, afirmando "que á ninguna ciudad le es permitido considerar ni usar, como peculiarmente suyo, el escudo nacional."

La consignación de esta circunstancia, cuya oportunidad en recordarla no escapará, de seguro, á V. E., hace acariciar la probabilidad de que alguna medida restrictiva será dictada en el sentido de prohibir el censurable abuso que se comete por la generalidad y aun por funcionarios de gerarquía secundaria, al creerse con facultad para exhornar la manifestación de sus actos, ya privados ó públicos, con el escudo nacional.

La falta ha tomado tales proporciones, que hasta la fachada de ciertos establecimientos industriales se decoran ilegalmente con las insignias nacionales.

El derecho de Montevideo á usar las distinciones que por sus méritos y servicios se le otorgaron, es, sin duda, indisputable. Las armas de una ciudad, como las de familia, no pueden ser usurpadas con perjuicio de los derechos adquiridos.

Son hereditarias como el patrimonio mismo. Les pertenecen á los sucesores como legítima propiedad, aunque sin constituir, en el mundo moderno, prerrogativas ó privilegio alguno.

Con sus signos y divisas, se recuerda, como se sabe, el origen de los pueblos, ó los antecedentes más prominentes de su evolución histórica.

Después de suprimidos estos distintivos por la gran revolución francesa, fueron restablecidos, en cuanto se refiere á las circunscripciones territoriales y políticas, á principio de este siglo, para regir normalmente la usanza en todas las naciones civiles, cualquiera sea la forma orgánica de sus Gobiernos. Las preeminencias que de su posesión se derivaban, limitadas al dominio propio, no causan cuestión en la actualidad. En nombre de la igualdad y de la justicia, las primacías inherentes al título nobiliario han sido relegadas en absoluto á soportar las consecuencias de una condenación inapelable.

Explicadas así las cosas, aunque con deficiencia notoria, la Corporación no tiene reparos que oponer á la composición del nuevo escudo proyectado para Montevideo.

Comparte opiniones y vistas con los ilustrados señores de la Comisión, asintiendo de conformidad perfecta á las conclusiones de su dictamen y á las demostraciones motivadas que en obsequio al pensamiento desarrolla en su tesis tan magistralmente el señor doctor Lamas.

La publicación del opúsculo con inserción de todas las piezas relativas á este asunto, se reserva la Junta disponerla oportunamente. Al efecto, ruega á los Altos Poderes del Estado, en cuanto sea compatible con sus deliberaciones, la conservación inédita de tan importantísimo estudio, al menos, si fuera posible, en su parte capital y hasta el momento en que la obra esmeradamente ilustrada se dé á la prensa.

Al terminar esta comunicación, Excmo. señor, la Corporación Municipal recoge con respetuosa gratitud de los labios del doctor don Andrés Lamas esta solemne y edificante declaratoria:

“Estos documentos y muchos otros, algunos bien importantes que he solicitado ó recibido de distinguidos compatriotas, cuyos nombres se conservarán ellos, ó que he obtenido por compra, no los he adquirido para mí ó para los míos.

“Salvados, coleccionados cronológicamente é ilustrados cuanto me ha sido ó me sea posible, irán á Montevideo después de mis días, como así lo tengo dispuesto, acompañando al retrato del fundador de nuestra amada Ciudad, para que colocados en un establecimiento público, puedan ser utilizados por nuestros presentes ó futuros historiadores.”

Es el legado de un patricio que deposita en la hora postrera de su agitada existencia, en el regazo de la madre patria, la ofrenda más reverente de su rico tesoro, cerrando su testamento de hombre público y de publicista, con una lamentación de filósofo ateniense, gráfica y elocuentemente sintetizada con esta sencilla oración:

Trabajos que requieren una dedicación casi absoluta, me alejan, bien á mi pesar, de la historia especial de mi país, á la que deseaba poder consagrar todo lo que me queda de esta vida, ya irrevocablemente concluida para su política interna.

Saluda á V. E. con la deferente atención que siempre me he complacido en tributarle.

José M. Vilaza,

Presidente.

Ramón Benzano,

Secretario.

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Montevideo, Febrero 3 de 1888.

Con mensaje, elévese á la consideración del H. Cuerpo Legislativo en el próximo periodo ordinario y hágase saber en respuesta á la Junta E. Administrativa.

TAJES.

JULIO HERRERA Y OBES.

PODER EJECUTIVO.

Montevideo, Febrero 29 de 1888.

H. Cámara de Representantes :

El P. E. tiene el honor de someter á V. H. los estudios y proyectos adjuntos sobre un Escudo de Armas para la ciudad de Montevideo, llevados á cabo por la Junta E. Administrativa de la Capital, bajo la ilustrada asesoría del reputado historiador y publicista doctor don Andrés Lamas.

El P. E. hace suyos los juicios y las conclusiones vertidas en esos luminosos informes, y en atención á que el uso de tales Escudos es corriente en casi todas las ciudades del continente Sudamericano por simbolizar el conjunto emblemático, los recuerdos de una tradición gloriosa vinculada al pasado de la grandiosa epopeya Sudamericana y al porvenir venturoso de una nacionalidad creciente, y siendo la ciudad de Montevideo no menos acreedora por sus glorias y sacrificios legendarios á ostentar en un emblema semejante los atributos significativos de todos los esfuerzos y sacrificios con que ha concurrido tan virilmente á la creación y á la consolidación de la nacionalidad Oriental, cumple al P. E. recomendar á V. H. la adopción del

Escudo de Armas propuesto, patriótica idea que honra á los que la iniciaron como á los que colaboraron en ella con recomendable ahínco.

Dios guarde á Vuestra Honorabilidad.

MAXIMO TAJES.
JULIO HERRERA Y OBES.

Montevideo, Enero 11 de 1895.

Señor doctor don José Maria Vilaza, Presidente de la Junta E. Administrativa.

Particular.

Señor doctor:

Está por resolverse en el Cuerpo Legislativo la cuestión del escudo de la ciudad de Montevideo, y no existe en el expediente, que se encuentra á estudio de la Comisión de Legislación, ningún dibujo del proyecto definitivo de ese escudo. Me he propuesto llenar ese vacío. En el año 1891, cuando la H. Junta me encargó el diseño de la medalla que debía servir de distintivo á sus miembros, estudié detenidamente los antecedentes sobre el escudo de Montevideo, con el objeto de hacerlo figurar en el proyecto que formulara. Mi proyecto fué aceptado por la H. Junta, y en el dibujo que acompaño se reproduce el escudo que orna una de las caras de la medalla que se acuñó en 1891.

La distribución del escudo es más armónica y se ciñe mejor á las reglas heráldicas que la de los proyectos que existen en el expediente, frutos de la primera impulsión.

El escudo de la Real Cédula y el proyectado sobre aquél por don Andrés Lamas, no corresponden, á mi juicio, á la época actual, ni á una ciudad pacífica y republicana.

Las banderas inglesas abatidas son trofeos de guerra que el Rey de España pudo hacer figurar en uno de sus escudos coloniales, pero que, si bien

fueron conquistados por habitantes de Montevideo, también es cierto que lo fueron á la sombra de la madre patria y con su apoyo; esas banderas son insignias de una Nación amiga, que no pueden figurar rendidas en el escudo de una ciudad americana.

El significado del escudo tal como lo proyecto, es bastante claro, es altivo y no deja de ser noble.

La *espada* recuerda las luchas que Montevideo, tanto en la época colonial, como en la de la Independencia y en la nacional, ha tenido que sostener contra enemigos que, como orientales, debemos olvidar; la *palma* indica que no fué ella la vencida, y la *corona de laurel*, que alcanzó el premio de la Gloria. El *Cerro y su fortaleza* simbolizan la ciudad de Montevideo y el *lema de Artigas* caracteriza á sus habitantes.

Creo y fundo mi creencia en el estudio que he hecho de numerosos escudos, que no caben las banderas nacionales en un escudo de ciudad, aun mismo que se trate de una capital.

La corona mural es la característica de toda ciudad, y no un atributo antirepublicano, como erróneamente lo han podido creer algunas personas, poco versadas en esta cuestión.

El escudo puede describirse del modo siguiente:

El Cerro y su fortaleza sobre campo de plata; bordura de azur con el lema de oro: "CON LIBERTAD NI TEMO NI OFENDO"; al frente, corona mural; en aspa y sobresaliendo de cada ángulo, una espada y una palma; el todo encerrado en una corona de laurel.

Con la esperanza de ver coronados los esfuerzos que con el señor Secretario de la H. Junta don Ramón Benzano hemos hecho, de mucho tiempo atrás, para obtener la sanción del escudo de Montevideo, esfuerzos á los que usted siempre prestó el más decidido apoyo, me es grato reiterarle la seguridad de mi mayor consideración.

José M. Montero y Paulhier.

COMISIÓN DE LEGISLACIÓN.

H. Cámara de Representantes:

Los estudios y proyectos sometidos por la Junta E. Administrativa de la Capital al P. E. de la República, sobre un escudo de armas para la ciudad de Montevideo, y remitido á V. H. con mensaje de 29 de Febrero de 1888, han merecido de aquel alto Poder una adhesión incondicional y entusiasta, partiendo de la base “de que el uso de tales escudos es corriente en casi todas las ciudades del Continente americano, por simbolizar el conjunto emblemático, los recuerdos de una tradición gloriosa vinculada al pasado de la grandiosa epopeya sudamericana y al porvenir venturoso de una nacionalidad creciente”.

La Comisión participa en parte de las ideas del Poder Administrador, sin creer, sin embargo, que sea político ni discreto aceptar esos simbolismos, cuando recordando épocas de luchas y de intransigencia, en orden á ciertas ideas, pueden despertar susceptibilidades ó recordar sucesos dolorosos que es patriótico olvidar.

Los trabajos que ha acometido nuestra Junta sobre ese particular, tuvieron comienzo en la nota que dirigió al señor doctor Lamas en 24 de Enero de 1886, á consecuencia de la cual sometió aquel ilustrado ciudadano á la misma Corporación su concienzudo y bien acabado “Estudio sobre los escudos de armas de la ciudad de Montevideo”, en los que revela la preparación especialísima en heráldica y singularmente en historia, que eran quizás los caracteres más salientes de sus aptitudes envidiables.

Da comienzo esa importantísima monografía por el estudio del primer escudo de armas de la ciudad, detallando sus formas, sus cuarteles, sus simbolismos, sus leyendas y hasta la materia de que se componían, según las personas, dignidades ó corporaciones á que se las destinaba. Y después de una exégesis tan curiosa como erudita sobre la Real Cédula de 24 de Abril de 1807, que innovando el escudo primitivo para perpetuar la gloria de la iniciativa y esfuerzos de Montevideo por la reconquista de Buenos Aires, le permitió nombrarse “muy fiel y reconquistadora” en todas las cartas, provisiones, privilegios, etc., y de dejar sentado *que las concesiones de banderas y trofeos militares son rarísimas tratándose de ciudades*, afirma que ese escudo innovado por la Real Cédula de 1807, fué sustituido por el de la Provincia Oriental, que, aunque sin antecedente alguno legal, conocido por el señor Lamas, era, sin embargo usado por el Cabildo de Montevideo según se com-

prueba por varios informes de la época. Considera el señor Lamas que, á pesar del vacío sobre una disposición legal expresa, debemos una mención de gratitud á ese blazón, porque él representa la autonomía de la Provincia Oriental y están vinculados á él los recuerdos de la resistencia armada á la conquista portuguesa y la epopeya grandiosa de nuestros esfuerzos por la Independencia de la República, que tuvo su consagración pública y solemne en la ley de 25 de Agosto de 1825.

Aunque sin datos de hecho, congeturalmente, supone el señor doctor Lamas, que la sustitución de este escudo, al de la Real Cédula de 1807, debe tener su explicación en el cambio político operado al reasumir la Colonia la personalidad de Nación independiente y soberana. Fué así también que al constituirse definitivamente nuestra República, de simple provincia que era, sustituyó aquel escudo por el de armas y por el pabellón actual.

Tal es á grandes rasgos la razón de la evolución de ese simbolismo.

Condensando ó sintetizando su opinión, el doctor Lamas, después de sus disquisiciones sobre heráldica y de su excursión histórica en los Capítulos VIII á X que son notables por el estilo, por la precisión y por la síntesis, significa su opinión sobre la composición del escudo en la página 67 de su interesantísimo estudio.

La Comisión no tendría inconveniente alguno en aceptarlo tal cual; pero las razones y fundamentos expresados en la nota del Ingeniero Municipal señor Montero Paullier, fecha 11 de Enero, inclinó su ánimo en el sentido de su preferencia por dos razones capitales: la primera, porque no implica una alteración substancial, siendo apenas un trabajo de coordinación de sus atributos; y la segunda, porque es de mejor efecto estético y menos complicado.

Por esas consideraciones y porque en esa forma se consultan mejor y más completamente las ideas que manifiesta Vuestra Comisión al principio de este informe, es de opinión que sancionéis el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º El escudo de armas de la ciudad de Montevideo se compondrá de un cuadrilongo de forma redonda en su extremo inferior terminando en punta; teniendo por símbolos: en su parte interna, en campo de plata el Cerro y su fortaleza, teniendo por base el mar; será atravesado de abajo arriba por una espada y una palma cuyos extremos flanquearán la Corona Mural que ocupará el extremo superior del cuadrilongo; encerrándose el referido cuadrilongo en una Corona de Laurel. Dentro de la Bordura del expresado cuadrilongo, se leerá el lema: "*Con libertad ni ofendo ni temo*"; todo

de acuerdo con el modelo arreglado por el señor Ingeniero Municipal, que forma parte de este repartido.

Art. 2.º Comuníquese, etc.

Sala de sesiones de la Comisión, en Montevideo á 6 de Marzo de 1895.

*Antonio E. Vigil — Julio Sierra — Alfredo Costa
Gutiérrez — Teófilo Díaz — Carlos E. Barros
— Alberto Palomeque (discorde).*
